

Mons. Jesús García Burillo
Obispo de Ávila

Camina con determinación

Carta pastoral

Con motivo del Año Jubilar
de Santa Teresa de Jesús

Octubre 2017

Suplemento del Boletín Oficial del Obispado de Ávila

Depósito Legal: AV. 42-2013 - **ISSN:** 1885-3714

Imprime: Grafi-3, C.B. – Ávila

INTRODUCCIÓN

LA VIDA CRISTIANA COMO CAMINO DE PERFECCIÓN

Las peregrinaciones en el año jubilar teresiano

Uno puede ser creyente sin haber ido nunca a Jerusalén, a Roma o a Santiago de Compostela, los tres grandes centros de peregrinaciones de la cristiandad. Pero **no puede ser creyente sin ser peregrino**, es decir, sin reproducir aquella historia de Abrahán, que saliendo de la casa de su padre abandonó sus propias seguridades, fiado sólo en la palabra, la promesa y la compañía de Dios, para ir a donde no sabía y llegar a una meta de gloria. **Crear en Cristo significa hacerse caminante**. Por eso la Iglesia siempre ha valorado y potenciado la peregrinación, como una forma de descubrir esta verdad esencial de la fe.

Varias veces he realizado yo en mi vida el Camino de Santiago. Cuando lo he hecho siendo Obispo, acompañando a grupos de jóvenes de nuestra diócesis, he comprobado cómo la experiencia del camino es realmente una ocasión para descubrir a Dios, para ponernos en verdad ante Él y renovar nuestro deseo de servirle y seguirle. Por ello, estoy muy agradecido al Santo Padre que, al concedernos un jubileo periódico cada vez que la fiesta de Santa Teresa de Jesús coincide en domingo, ha querido establecer, como una de las posibilidades para **ganar la indulgencia plenaria, el llegar a los templos jubilares de la ciudad de Ávila tras recorrer al menos cien kilómetros** a pie o a caballo, o doscientos en bicicleta. Estoy convencido de que cuantos se animen a hacer estas peregrinaciones, atravesando las tierras recorridas por la Santa, en el marco

incomparablemente bello de nuestros montes y nuestros valles, podrán hacer esta experiencia esencial de la fe.

A Santa Teresa se la conoce como *la Andariega*. Este sobrenombre lo tiene bien merecido, pues transitó incansablemente por los caminos de España, a pesar de las incomodidades de su época, de las dificultades comprensibles para una religiosa de clausura, y de sus propios impedimentos debidos a las enfermedades y a la edad, a fin de llevar a cabo su labor fundadora de conventos, reformadora de la vida religiosa y renovadora de la vida espiritual. Caminar era tan esencial para ella, que es frecuente verla representada con sandalias y bastón. La imagen del camino está tan presente en su espíritu, que basta recordar tres de sus frases que, con motivo del V Centenario de su nacimiento, se repitieron una y otra vez como expresión de su honda experiencia interior de amistad con Cristo.

La Carta Pastoral que publiqué en mayo de 2014 para animar a todos a la misión diocesana, concretando la llamada a la nueva evangelización propuesta por los Sucesores de Pedro, llevaba por título las mismas palabras que la Santa pronunció antes de morir: ***“¡Ya es tiempo de caminar!”***. Ella, infatigable peregrina por este mundo, sabía que el verdadero trayecto que recorreremos los seres humanos no culmina hasta llegar al Cielo. Como si de poco le hubieran servido sus pasos anteriores, sabía que en el momento de la muerte comenzaba el verdadero camino cuya meta era el abrazo del Padre. En aquella Carta, yo quería animaros a caminar en nuestra diócesis como Teresa: renovándonos espiritualmente para que así fuéramos capaces de renovar también nuestros dinamismos y estructuras pastorales a fin de realizar eficazmente el anuncio de la Buena Noticia de Jesucristo en una sociedad como la nuestra, cada vez más indiferente y secularizada. Esa renovación espiritual, **ese “camino teresiano”, tenía cuatro ejes** que siguen manteniendo su validez y su urgencia: reforzar nuestra vida de ***oración***, comprendida como trato de amistad con Cristo; fomentar

que nuestras parroquias, nuestros movimientos y nuestros grupos eclesiales sean reales lugares donde se viva la **fraternidad**, llevar un estilo de vida **austero** atendiendo a los pobres con la misma predilección con que los sirvió el Señor; y tener el valor de anunciar explícitamente el **Evangelio a los alejados**.

Como recuerdo de la misión diocesana, se entregó a todos los participantes en una jornada de convivencia que tuvo lugar en los patios del Colegio Diocesano, una chapita en la que se recogía otra frase de santa Teresa: **“Juntos andemos”**. El camino para un cristiano no se recorre como lo hacía el judío errante de la leyenda medieval, es decir, como un castigo, solo y sin destino. Para nosotros el camino de la fe es un regalo de Dios, una bendición que nos permite crecer como personas y como creyentes. Sabemos que Él es nuestro verdadero fin, y que no estamos solos. Esto significa no solo que sea conveniente recorrer el camino de la fe con otros compañeros, por ser más prudente y enriquecedor hacer con otros una peregrinación a Santiago o una excursión por Gredos; es que **no se puede seguir el camino de Jesucristo si no es junto a los hermanos**. La compañía de la Iglesia no es opcional en nuestro camino, puesto que si no es con otros no seguimos realmente a Jesucristo, y el camino espiritual que podamos emprender, si fuera individualista, estaría condenado al fracaso.

Conviene recordar a este respecto una hermosa reflexión de **Benedicto XVI**: “Seguir a Jesús en la fe es caminar en la comunión de la Iglesia. **No se puede seguir a Jesús en solitario**. Quien cede a la tentación de ir “por su cuenta”, o de vivir la fe según la mentalidad individualista, que predomina en la sociedad, corre el riesgo de no encontrar nunca a Jesucristo, o de seguir una imagen falsa de Él. Tener

fe es apoyarse en la fe de tus hermanos, y que tu fe sirva igualmente de apoyo para la de otros”¹.

La tercera frase teresiana, relacionada con el caminar humano, que me gustaría citar es la que daba título a otra Carta Pastoral publicada con motivo del V Centenario del nacimiento de la Santa: **“Parecíame andar siempre a mi lado Jesucristo”** (Vida 27, 2). En ella encontramos el núcleo de la espiritualidad teresiana: **el Resucitado no nos abandona**, está siempre a nuestro lado. La clave de nuestra alegría es descubrirle como compañero en las alegrías y en las penas, en las esperanzas y en las lágrimas, consorte de nuestra muerte y Esposo que nos ofrece compartir su mismo hogar en el seno del Padre, una vez vencida para siempre la muerte por la eficacia de su Resurrección.

¡Qué hermoso sería que, en la medida de nuestras posibilidades, hiciéramos durante este año al menos una de las cuatro rutas de peregrinación propuestas! ¡En ellas descubriríamos la pedagogía del camino, para que nuestros pasos llevaran a evangelizar, en compañía de otros hermanos que son para nosotros presencia de la Iglesia; y sobre todo, dedicando cada día un tiempo de camino en silencio para gozar de la presencia del Amado que está junto a nosotros, y un tiempo en la iglesia de cada etapa para adorarle en su presencia eucarística!

El camino de la fe

En su reciente visita a Colombia, el Papa animaba a los obispos a “dar el primer paso”, sabiendo, ciertamente, **“que siempre es Dios el Señor del primer paso. Él siempre nos primerea”**, tal como encontramos a lo largo de toda la Escritura. Y a continuación les precisaba que, para ser “sacramento del primer paso de Dios”, era imprescindible un “continuo éxodo interior”. Es decir, que no es

¹ Benedicto XVI, *Homilía en la Santa Misa para la XXVI Jornada Mundial de la Juventud*, Aeropuerto de Cuatro Vientos en Madrid, 21 de agosto de 2011.

posible hacer un camino exterior en la vida cristiana o en el camino de la evangelización, si previamente y a la vez no hacemos el camino interior de la fe, de la vida interior y de la oración (Bogotá, 7.9.2017).

En efecto, podemos rezar con el salmista: “*Enséñame, Señor, tu camino, para que siga tu verdad*” (Sal 86, 11). **La Sagrada Escritura utiliza en muchos pasajes la imagen del camino** para describir la experiencia espiritual del ser humano ante Dios. Probablemente, el gusto por esta imagen nazca de la prehistoria nómada del pueblo de Israel, quien reconocía que su padre *fue un arameo errante* (Dt 26, 5). Pero, junto con ese trasfondo y mucho más importante que él, está la invitación misma que recibe de Dios. El Señor, al revelarse a **Abrán**, lo primero que le pide es ponerse en camino: *Sal de tu tierra, de tu patria, y de la casa de tu padre, hacia la tierra que te mostraré* (Gn 12, 1). Tras muchas peripecias, sus descendientes llegan a Egipto, país del que años después tendrán que huir emprendiendo un largo éxodo por el desierto.

Éste éxodo comienza con una intervención singular durante la noche de **la primera Pascua**, palabra que precisamente significa **Paso del Señor** (Ex 12, 11). Es decir, Dios no sólo marca al hombre el camino que debe recorrer para llegar a Él, sino que se hace su compañero de viaje en este recorrido, pisando con sus huellas las sendas que nosotros debemos transitar. En la liturgia de esa noche santa, preservada y celebrada hasta el día de hoy por nuestros hermanos judíos, las instrucciones sobre el vestido indican que la disposición de quien acepta el paso de Dios por su vida ha de ser la de quien está dispuesto a dejar inmediatamente sus seguridades y su confort, poniéndose a caminar: *lo comeréis así: la cintura ceñida, las sandalias en los pies y el bastón en la mano; y os lo comeréis a toda prisa* (Ex 12, 11).

Mientras recorrían el desierto, los israelitas recibieron de Dios las indicaciones de un camino mucho más decisivo y verdadero: la Ley revelada por medio de **Moisés** y resumida en los Diez Mandamientos. El verdadero sendero que debían transitar no era el que conduce desde

las riberas del Nilo a las del Jordán cruzando por dunas y montañas; sino el de la voluntad del Señor, que nos ofrece su Ley porque busca nuestra vida, nuestro bien y nuestra felicidad: *Mira, hoy pongo delante de ti la vida y el bien, la muerte y el mal. Pues yo te he mandado hoy amar al Señor, tu Dios, **seguir sus caminos**, observar sus preceptos, mandatos y decretos, y así vivirás y crecerás, y el Señor, tu Dios, te bendecirá en la tierra donde vas a entrar para poseerla. Pero si tu corazón se aparta y no escuchas, si te dejas arrastrar y te postras ante otros dioses y les sirves, yo os declaro hoy que moriréis sin remedio* (Dt 30, 15-18). Siglos después, durante el **destierro de Babilonia**, el pueblo judío aprendería, gracias a los profetas, que la verdadera tierra que Dios promete a quien cumple su voluntad no es simplemente un terreno fértil en la cuenca oriental del Mediterráneo, sino el Reino de Dios donde ya no hay muerte ni llanto ni dolor.

Toda esta reflexión llega a una plenitud sorprendente en Cristo. Él dice de Sí mismo: *yo soy el camino y la verdad y la vida. Nadie va al Padre sino por mí* (Jn 14, 6). Si Israel había descubierto que el camino, propiamente dicho, no era una senda de este mundo, sino la voluntad de Dios, ahora se revelaba que nuestra meta definitiva, ese reino anhelado, es el mismo Dios, que nos abre en su interior un espacio para compartir con nosotros su gloria, su vida inmortal, su misma divinidad. El camino que debemos recorrer para llegar a tal meta es ¡el propio Cristo!

Esta osada declaración, difícil de comprender a simple vista, quiere decir que Jesús no es simplemente para nosotros un maestro que nos dice cómo debemos caminar –esto es, cómo cumplir la voluntad de Dios–, ni es un mero ejemplo que nos muestra la forma correcta de vivir en este mundo para llegar a la patria del Cielo. Jesús es mucho más que esto. Que sea *el camino* significa que no podemos limitarnos a estar simplemente *ante* Él, como estamos ante cualquier persona; **debemos llegar a estar en Él**. Esto sería imposible desde las simples fuerzas humanas, pero es posible porque lo realiza en nosotros el

Espíritu Santo, enviado por el Resucitado desde el Padre. En efecto, el Señor prometió: *Yo le pediré al Padre que os dé otro Paráclito, que esté siempre con vosotros, el Espíritu de la verdad... Entonces sabréis que yo estoy en mi Padre, y vosotros en mí, y yo en vosotros* (Jn 14, 16-17a.20). Sólo alcanzamos al Padre si el Espíritu Santo nos introduce en el Hijo, permitiéndonos **caminar en Él y llegar hasta donde Él mora** por toda la eternidad.

Desde esta perspectiva se entiende que los grandes místicos de la Iglesia hayan hablado de la vida espiritual utilizando **dos metáforas** procedentes de universos culturales diversas pero, en realidad, complementarias entre sí. La primera, procedente de la Biblia, es la del **camino**, como acabamos de ver. La segunda, de tipo espiritual, es la de la **inhabitación**. Si, como escuchamos a veces, Jesús sólo hubiera venido a señalarnos el camino, sencillamente estaríamos ante un profeta que nos mostraría cuál es la voluntad del Padre. Permaneceríamos aún en la dinámica del Antiguo Testamento. Nuestra oración sería simplemente de alabanza ante la grandeza de Dios, de acción de gracias por mostrarnos sus sendas y protegernos en esta vida, de petición ante nuestras necesidades y, especialmente, ante nuestra debilidad para cumplir los mandamientos...

Pero Jesús hace mucho más que eso. Él no es un simple profeta, es el Emmanuel, el *Dios-con-nosotros* (cf. Mt 1, 23). No sólo nos señala el camino; **Él es el camino, el único para llegar al Padre**. La oración cristiana supone, por tanto, desarrollar la gracia que el Espíritu Santo nos concedió en nuestro bautismo: llegar a estar *en* Cristo, a ser en Él y dejar que Él viva en nosotros, de tal forma que nuestra alabanza ya no es simple alabanza humana, sino el canto de alegría que el Hijo eleva desde antes de la creación del mundo al contemplar la gloria del Padre; nuestra acción de gracias es la del mismo Cristo, gozoso por su resurrección de entre los muertos; nuestras peticiones son fruto no de la simple solidaridad por los necesitados, ni de la constatación de nuestra pequeñez, sino que nacen de la verdadera caridad, es decir, del

amor de Cristo por todos los hombres. Por eso, los místicos – cristianos a quienes el Espíritu Santo ha concedido tener una experiencia personal muy marcada de la inhabitación en Cristo– nos enseñan el verdadero camino, que nos permite entrar las profundidades de su vida espiritual de una forma más sencilla de lo que sería posible con otros conceptos más abstractos, y beneficiarnos con sus enseñanzas.

¿Cómo es nuestro camino?

La imagen del camino es, por tanto, esencial para los discípulos de Jesús. Tan importante, que la Iglesia naciente, antes de que surgiera la palabra “cristianismo”, se refería a su experiencia religiosa como *el camino* (cf. Hch 9, 2; 24, 22). Por eso, y para comprender bien cuanto explicaremos en las siguientes páginas, necesitamos percibir **la diferencia que existe entre la forma en que la Biblia concibe el camino y cómo se comprende éste desde otros horizontes culturales.**

En 1949, el mitógrafo estadounidense Joseph Campbell publicó un libro que alcanzó gran éxito: *El héroe de las mil caras*². Todavía hoy es utilizado por los escritores de novelas y guionistas de series y películas de aventuras para establecer las tramas de sus obras. **La sustancia del libro es la siguiente.** Todos los relatos de héroes tienen el mismo esquema circular. Quien emprende una aventura, sale de su casa para recorrer un camino en el que hay varias pruebas –la propia resistencia a iniciar el viaje, el encuentro con un mentor, el cruce del primer umbral que termina por decidirle a emprender la hazaña, el hallazgo de pruebas, aliados y enemigos, etc.– y, tras una experiencia especialmente traumática, gana una recompensa con la cual pretende

² J. Campbell, *El héroe de las mil caras. Psicoanálisis del mito*, Madrid (Fondo de Cultura Económica) 2005.

retorna a su hogar. Pero antes de llegar, tiene otra experiencia cercana a la muerte, en la que debe recurrir a todo lo aprendido. Finalmente, vuelve a casa trayendo consigo el “elixir”, es decir, el remedio para todos los problemas que afligen a su pueblo.

Es fácil trasladar este esquema a los relatos de aventuras que conocemos y descubrir cómo se ajustan perfectamente. Un modelo claro es el de **Ulises**. Según cuenta Homero en la *Iliada* y la *Odisea*, el héroe griego sale de su reino, Ítaca, dejando a su mujer Penélope y a su hijo Telémaco, pasa diez años luchando en la guerra de Troya y otros diez vagando por el Mediterráneo en un viaje que culmina, retornando a casa y recuperando a su mujer –quien con el telar que teje por la mañana y desteje por la noche, ha ido dando largas a sus pretendientes–, a su hijo e incluso a su padre Laertes, milagrosamente rejuvenecido por los dioses. Es decir, después de veinte años de aventuras, nada sustancial ha cambiado en la vida de Ulises. Con la experiencia adquirida –en los relatos homéricos esto no se destaca, pues se le conoce como “el astuto, el de los mil ardides”–, vuelve exactamente al mismo punto del que partió. Como si **no fuera posible el verdadero progreso, sino un eterno retorno** donde regresamos siempre al punto de partida.

Este esquema, sin embargo, no sirve para explicar la estructura de los relatos bíblicos. **El camino que recorren los amigos de Dios no retorna al punto de partida.** **Abrahán** sale de Ur de los Caldeos abandonando la casa de su padre Teraj y jamás vuelve. **Moisés** deja Egipto, y no sólo no retorna a él, sino que ni siquiera entra en la Tierra Prometida. De **Elías** apenas se dice que es de Tishbé de Galaad, y ni se menciona su familia ni se dice que volviera a su pueblo; al contrario, sus días terminan siendo arrebatado al cielo (cf. 2Re 2, 11). **Pedro** abandona sus redes en Galilea y termina muriendo en Roma. Algo parecido sucede a san **Pablo**, cuyas hazañas transmitidas en el libro de *Los Hechos de los Apóstoles* no recogen su muerte, sino queda embarcado

con dirección a la Ciudad Eterna, abandonando para siempre Tarso y Jerusalén. A la luz de estas narraciones, podemos descubrir **las características del camino**, tal y como lo entendemos los creyentes, muy distintas de otras formas culturales:

1. El camino de la fe exige siempre un **verdadero progreso**. Uno va a llegar a un lugar inesperado.
 - a. Por eso, iniciar el camino de la fe requiere rechazar la tentación de volver la vista atrás (cf. Lc 9, 62: *Nadie que pone la mano en el arado y mira hacia atrás vale para el Reino de Dios*). Por dejarse llevar de la curiosidad o la nostalgia, la mujer de Lot fue convertida en estatua de sal (cf. Gn 19, 26). Quien se aventura por los caminos de Dios debe dejar real y radicalmente aquello que abandona para ponerse a caminar. **Sin desprendimiento de las cosas de este mundo, no hay verdadero seguimiento de Jesucristo.**
 - b. Las metas de los caminos de este mundo son, en realidad, imagen del verdadero destino del hombre, que es el mismo Dios. A Él no estamos llamados a llegar sólo los seres humanos sino toda la creación. Todo lo salido de las manos del Padre está, en cierto modo, en camino, **llamado a entrar en la gloria del Señor** (cf. Rm 8, 21: *la creación misma será liberada de la esclavitud de la corrupción, para entrar en la gloriosa liberación de los hijos de Dios*).
2. Al contrario de los héroes clásicos, quienes inician los caminos de Dios **no son precisamente dechados de virtudes**. Abrahán no termina de fiarse de Dios; Moisés es asesino, un prófugo que se resiste insistentemente a la llamada de Dios, que peca durante el camino y por eso no entra en la Tierra prometida; David es mujeriego y homicida; Elías, violento y gruñón; Pedro es cabezota; Pablo había perseguido a los cristianos... ciertamente, Dios no propone su camino a los mejores. Él sabe que somos pecadores,

débiles y que estamos necesitados de su ayuda y su perdón. No nos invita a su compañía porque lo merezcamos, sino sencillamente **porque nos ama**. Él no anhela de nosotros que seamos los más fuertes, los más valientes, los más bellos o los más sabios. Lo que nos pide para poder seguir sus sendas es que nos *fijemos de Él*.

3. De este modo, se percibe que la diferencia más notable entre los relatos clásicos de héroes y los propios de la tradición judeocristiana radica en que, en ésta, quien emprende un camino tiene que estar dispuesto al *cambio*, a una **auténtica conversión**. Quien emprende los caminos de Dios debe estar dispuesto a dejarse modelar por Él.
4. En los relatos clásicos tiene gran importancia **la figura del mentor**, de un anciano sabio que aconseja al héroe y consigue sacar lo mejor de él mismo. En la Sagrada Escritura también existe algo parecido a esta figura: *Jetró* aconseja a su yerno Moisés, *Natán* a David, *Elías* a Eliseo... Estos personajes juegan un papel importante y, pese a ello, no son exactamente equivalentes a lo que, en las novelas de aventuras, pueden ser Merlín para el rey Arturo o Gandalf para Frodo. Los personajes bíblicos tienen una relación tan personal con Dios que, en realidad, Él mismo es su verdadero mentor, su único maestro. De hecho, **los “mentores” de la Escritura** no aconsejan desde su sabiduría o sus criterios. Tienen sentido sólo en la medida en que **son mensajeros de Dios**. No hablan por sí mismos, sino conforme a la palabra del Señor. Son meros transmisores del verdadero Maestro. Es elocuente el ejemplo de Natán, que desde su propio parecer había animado el proyecto de David de construir un templo al Señor, rectifica cuando Dios le da a conocer su voluntad contraria (cf. 2Sm 7, 3-17). Lo cual significa:

- a. Que para poder emprender el camino de la fe **necesitamos ciertos *mentores, acompañantes***, hermanos mayores experimentados en las sendas de Dios, preferiblemente sacerdotes, religiosas o laicos bien formados en este ministerio, que nos ayuden a descubrir por dónde nos quiere guiar Él.
- b. Que la presencia de estos *acompañantes* no sustituye nunca la relación personal de cada uno de nosotros con Dios. El acompañamiento que la Iglesia ofrece por medio de unas personas concretas es una ayuda para la oración personal de cada creyente, no algo que la sustituye.

Estructura y razón de esta carta Pastoral

Como decía al principio, Santa Teresa de Jesús utilizó muy frecuentemente la imagen del camino. De hecho, una de sus obras principales lleva por título *Camino de perfección*. Sin embargo, en esta carta pastoral me gustaría tomar por referencia otro de sus libros: *Castillo Interior*, también llamado, ***Las Moradas***. **En él se nos propone un viaje: desde la exterioridad en la que estamos dispersos hasta la hondura de “nuestro más profundo centro”**, el interior de nuestra alma –representada como “un castillo todo de diamante o muy claro cristal adonde hay muchos aposentos así como en el cielo hay muchas moradas” (1M 1, 1)–, donde habita el mismo Jesucristo y es posible alcanzar la perfecta unión con él.

Me gustaría que *Las Moradas* fuera, en cierto modo, la obra teresiana de referencia para este Jubileo que el Santo Padre nos ha concedido, de la misma manera que la *Vida* fue el texto más trabajado durante el V Centenario. Por supuesto, estas páginas no pretenden ser un sustituto de la lectura del hermoso y profundo texto de la Santa. Sencillamente os las ofrezco a todos para que, en vuestra consideración personal o en el trabajo en común que podáis tener en vuestras comunidades o grupos de crecimiento en la fe, **esta Carta sea como**

una guía para una primera aproximación al *Castillo interior*. Y, si no os atrevéis a leer y orar directamente con este libro, lo cual sería deseable, al menos con esta Carta pastoral podamos seguir todos en la diócesis un cierto itinerario común de reflexión y de oración.

La Carta tiene siete capítulos, correspondientes a las Moradas teresianas. También pueden considerarse como siete etapas de un camino que nos conduce a la meta. **Cada capítulo consta de tres puntos**. En primer lugar, encontraréis una imagen bíblica para situar la etapa que nos propone recorrer Teresa y animarnos a hacer la **lectio divina** de un pasaje de la Palabra de Dios. Después, intento explicar muy resumidamente el **avance en el camino interior** que supone pasar a esa determinada morada. Y, finalmente, os propongo un tipo de **compromiso individual** y comunitario para ayudaros a avanzar.

Espero que estas líneas puedan ayudaros a emprender, de manera decidida, el viaje más maravilloso de vuestras vidas: el camino de la fe.

Pistas para el trabajo personal y en grupo:

1. ¿Tengo alguna experiencia de peregrinación a pie, en caballo o en bicicleta? ¿Cuándo fue? ¿Qué recuerdos tengo? ¿Qué he aprendido en ellas?
2. ¿Qué fue lo que más me marcó de la reciente celebración del V Centenario del Nacimiento de Santa Teresa?
3. ¿Entiendo bien lo que se ha explicado de las imágenes del *camino* y de la *inhabitación* usadas por los místicos? Escribo las frases que me cueste comprender para que el sacerdote de mi parroquia me pueda ayudar a aclararme en este punto tan importante; o aquellas frases que me han interesado más.

4. ¿De qué seguridades crees que tendrías que salir para emprender el camino de la fe? ¿Qué te impide emprender dicho camino?
5. ¿Tienes algún *mentor* que te ayude en el camino espiritual? No sé si sabrás que en la diócesis hay una escuela de acompañantes, cuyos miembros pueden ayudarte informándote sobre este servicio si no encuentras quién pueda ofrecértelo en tu entorno más inmediato...

EL INICIO DEL CAMINO

El Señor Dios llamó a Adán y le dijo: “¿Dónde estás?”. Él contestó: “Oí tu ruido en el jardín, me dio miedo, porque estaba desnudo, y me escondí”. El Señor Dios le replicó: “¿Quién te informó de que estabas desnudo?, ¿es que has comido del árbol del que te prohibí comer?”. Adán respondió: “La mujer que me diste como compañera me ofreció del fruto y comí”. El Señor Dios dijo a la mujer: “¿Qué has hecho?”. La mujer respondió: “La serpiente me sedujo y comí”. El Señor Dios dijo a la serpiente: “Por haber hecho eso, maldita tú entre todo el ganado y todas las fieras del campo: te arrastrarás sobre el vientre y comerás polvo toda tu vida; pongo hostilidad entre ti y la mujer, entre tu descendencia y su descendencia; ésta te aplastará la cabeza cuando tú la hieras en el talón”. A la mujer le dijo: “Mucho te haré sufrir en tu preñez, parirás los hijos con dolor, tendrás ansia de tu marido y él te dominará”. A Adán le dijo: “Por haber hecho caso a tu mujer y haber comido del árbol del que te prohibí, maldito el suelo por tu culpa: comerás de él con fatiga mientras vivas; brotará para ti cardos y espinas, y comerás hierba del campo. Comerás el pan con el sudor de tu frente, hasta que vuelvas a la tierra, porque de ella fuiste sacado; pues eres polvo y al polvo volverás”. Adán llamó a su mujer Eva, por ser la madre de todos los que viven. El Señor Dios hizo túnicas de piel para Adán y su mujer, y los vistió. Y el Señor Dios dijo: “He aquí que el hombre se ha hecho como uno de nosotros en el conocimiento del bien y del mal; no vaya ahora a alargar su mano y tome también del árbol de la vida, coma de él y viva para siempre”. Y el Señor Dios lo expulsó del jardín del Edén, para que labrase el suelo de donde había sido tomado. Echó al hombre, y al oriente del jardín del Edén colocó a los querubines y una espada llameante que brillaba, para cerrar el camino del árbol de la vida. (Gn 3, 9-24)

La expulsión de Adán y Eva del Paraíso marca el **inicio de la peregrinación de la humanidad**. Por culpa del pecado, hemos dejado el hogar fabuloso que Dios nos había creado, donde todo era alegría y no había muerte, para convertirnos en **vagabundos** que, para su desgracia, tienen cerrado el camino que les lleva a donde querían

volver: el lugar donde está el árbol de la vida. La imagen del mundo contaminado por el pecado que presenta el libro del Génesis nos ayuda a comprender cómo es, para Santa Teresa, la situación de aquellos que no se han atrevido a “cruzar la puerta de la oración” (cf. 1M 1, 7) para entrar en el Castillo interior de su alma. *“Hay muchas almas que se están en la ronda del castillo, que es adonde están los que le guardan y que no se les da nada de entrar dentro, ni saben qué hay en aquel tan precioso lugar, ni quién está dentro, ni aún qué piezas tiene... hay almas tan enfermas y mostradas a estarse en cosas exteriores que no hay remedio ni parece que pueden entrar dentro de sí, porque ya la costumbre la tiene tal de haber siempre tratado con las sabandijas y bestias que están en el cerco del castillo que ya casi está hecha como ellas”* (1M 1, 5. 6).

La persona que no se ha atrevido a iniciar el camino de la oración, está en una **situación similar a la de Adán nada más ser expulsado del paraíso**: se sabe a merced de la eficacia de la muerte, contempla a los demás como enemigos y vive como si fueran una maldición los mejores dones de Dios. Los principales regalos del Creador al hombre, según los capítulos anteriores, son la posibilidad de participar en su acción creadora, mediante la fecundidad, y de su conservación del mundo, mediante el trabajo; ahora, por culpa del pecado, estas dos realidades se viven entre sufrimientos.

El Creador suspira por su criatura

Lo primero que cabe destacar de la escena del libro del Génesis que estamos contemplando es que Dios llama a Adán y le pregunta **¿dónde estás?** (Gn 3, 9). El Creador se interesa por el hombre. Su llamada nace, en cierto modo, de la nostalgia ante su ausencia. Hasta ese momento, según la imagen que nos presenta la Sagrada Escritura, el Señor paseaba con el hombre a la brisa de la tarde en el jardín del Edén. Es decir, había una relación de amistad, de confianza y de intimidad entre los dos, entre Él y nosotros. Sorprende la humildad de **Dios** que,

a pesar de ser todopoderoso y omnisciente, a pesar de ser el fundamento de cuanto existe, **quería ser amigo de sus criaturas**. Tengamos esto presente por **tres razones**.

En primer lugar, para comprender cómo el castigo por el pecado no es comparable al arrebatado de ira que puede sentir un tirano que, viéndose desobedecido, impone con severidad su fuerza a los rebeldes. Dios permite que se desarrollen en el hombre las consecuencias de haber decidido vivir sin Él. Nos había hecho libres para poder amarle sin ser coaccionados. Ahora deja que esa libertad llegue a sus últimas consecuencias. En el relato hay un detalle que nos permite ver hasta qué punto Dios nos sigue amando, pese al pecado, y por qué su “castigo” es, en realidad, la consecuencia de su amor, como si dijera: **“me duele que os vayáis de mi lado; pero si queréis dejarme, sois libres de hacerlo, aunque las consecuencias de estar lejos de mí sean el dolor, la soledad y la muerte”**. Ese detalle consiste en que el Señor les fabrica el primer vestido (cf. Gn 3, 21). Sobre él volveremos más adelante.

La segunda razón para considerar la ternura de Dios que llama al hombre es que **Él no ha dejado de convocarnos a lo largo de la historia**. Al contrario de lo que piensan otras religiones, el acceso del ser humano a lo divino no es equiparable a una “conquista” que realizan personas ascéticas mediante determinadas prácticas espirituales. No llegamos a Dios por nuestras fuerzas. Utilizando otra imagen bíblica, podríamos decir que la torre de Babel nunca llega al cielo (cf. Gn 11, 1-10). Nosotros podemos llegar a Dios, podemos iniciar nuestro camino espiritual, porque Él nos ha llamado. No se trata de un empeño nuestro por alcanzar al Inalcanzable; es la respuesta a un Dios que no cesa de interesarse por nosotros, que quiere estar a nuestro lado y que nosotros disfrutemos junto a Él. Para entrar en la vía de la oración, hay que desechar la imagen deformada de Dios, según la cual sería un Ser distante, airado, colérico... Sólo se atreve a

buscarlo quien descubre lo esencial de la fe que es, al mismo tiempo, el milagro más asombroso: que **Él nos ama, y que su amor no disminuye pese a nuestro pecado.**

La tercera razón por la que hay que detenerse en esa búsqueda al hombre por parte de Dios es **para contemplar con estupor su humildad.** A pesar de nuestros sueños de grandeza, sólo se hace verdaderamente grande según la medida de Dios quien, como Él, sabe hacerse pequeño. Por eso insiste Santa Teresa en que la humildad es la virtud más necesaria para la vida de fe y para el camino de la oración: “mientras estamos en esta tierra no hay cosa que más nos importe que la humildad” (1M 2, 9). Es la propia Santa quien señala cómo la contemplación de la humildad de Dios es el camino para nuestra propia humildad: “considerando su humildad veremos cuán lejos estamos de ser humildes” (ib.). Una humildad, la de Dios, que llega a su plenitud en Cristo, cuando Él mismo se acerca hasta nosotros hasta compartir nuestra humanidad y nuestra muerte: ***siendo de condición divina, se despojó de sí mismo tomando la condición de esclavo, hecho semejante a los hombres*** (Fp 2,6-7). Siendo así, “pongamos los ojos en Cristo, nuestro bien, y allí deprenderemos la verdadera humildad” (1M 2, 11).

Pistas para el trabajo personal y en grupo:

1. ¿Qué imagen tengo de Dios? ¿Le considero más un Señor que da miedo o un amigo que me ama y me busca?
2. Hoy en día están muy de moda algunas prácticas orientales, como el yoga o la “meditación trascendental”, que suponen una comprensión de la vida de oración radicalmente distinta a la cristiana: para ellas el hombre debe llegar a lo divino por sus propias fuerzas, no porque responda a una llamada. ¿Están difundidas estas prácticas en mi entorno familiar, en

mi barrio, en mi pueblo? ¿Percibo cuáles son sus límites y peligros? ¿Recibo en la parroquia formación suficiente para valorar estas iniciativas? ¿Comprendo bien cuál es la diferencia con la oración cristiana?

3. Nuestro Dios humilde nos marca el camino de la humildad, en el que insiste Santa Teresa. Pero vivimos en una sociedad donde parece que esta virtud se desprecia. Lo importante es parecer grandes, ser vistos y aplaudidos por todos. ¿Qué medios puedo darme para crecer en humildad? ¿Qué dificultades encuentro para practicar esta virtud?

La vergüenza y el ocultamiento

El hombre se esconde de Dios porque le da miedo a causa de su desnudez. Previamente nos dice el libro del Génesis que, nada más comer del árbol prohibido, a Adán y Eva *se les abrieron los ojos a los dos y descubrieron que estaban desnudos; y entrelazaron hojas de higuera y se las ciñeron* (Gn 3, 7). Ambas afirmaciones contrastan con lo dicho tras describir la creación de la mujer: *Los dos estaban desnudos, Adán y su mujer, pero no sentían vergüenza uno de otro* (Gn 2, 25).

Que se hable reiteradamente de esto significa que estamos ante una idea importante. El hecho de que Adán y Eva puedan estar, antes del pecado, desnudos el uno ante el otro sin avergonzarse significa, sobre todo, que su comunicación es perfecta. El cuerpo es expresión de nuestra alma, en el sentido de que con nuestros gestos, con nuestras miradas, con el tono de nuestra voz... expresamos nuestros estados de ánimo, nuestras ideas y nuestros sentimientos. La desnudez originaria significa que **la primera pareja se conocían y se comunicaban plenamente**. Y esto por una razón muy sencilla: porque, desde una relación perfecta con Dios, no manchada por el

pecado, podían verse el uno al otro como Dios los mira: no como objetos al servicio del placer, ni como una belleza limitada y llamada a extinguirse con el tiempo, sino como hijos siempre amados, de inigualable valor debido a que **son imagen y semejanza del Creador** (cf. Gn 1, 26-27). Todo esto cambia con el pecado. El otro se convierte inmediatamente para mí en objeto. Rota la comunión con Dios, le veo desde mis apetitos. Es normal que uno tenga miedo a comunicarse plenamente a otro pues, desde que estamos heridos por el pecado, esa persona puede utilizar mis secretos para herirme o humillarme. Es comprensible que uno tenga que tapar su desnudez, pues el otro puede utilizarme y juzgarme por mi apariencia, en vez de por lo que verdaderamente soy.

Cuando el pecado reina en nuestras vidas, acontece lo que estamos viendo en nuestra sociedad: que **se pierde el pudor**. Si ésta no se recupera, no se puede iniciar el camino de la oración. El pudor es aquella virtud gracias a la cual protegemos de miradas interesadas y pecaminosas nuestra intimidad personal, espiritual y corporal, permitiendo que sólo Dios nos mire y nos conozca en plenitud. Por supuesto, los esposos, que por la gracia recibida en el sacramento del Matrimonio han sido capacitados por el Espíritu para reconstruir, aunque de manera imperfecta, esa unidad y pureza original de la mirada, están llamados a manifestarse el uno al otro esa intimidad velada para los demás. Pero también ellos saben que, hasta que no lleguemos al final del camino –esto es, a estar plenamente en Dios y ver el mundo desde Dios, lo cual sucederá al final de los tiempos–, el pudor sigue siendo importante en su propia relación de esposos. En todo caso, la falta de pudor que existe hoy en nuestra sociedad, donde la gente exhibe desinhibidamente sus cuerpos y sus secretos, tanto en la vida ordinaria cuanto, de manera alarmante entre los jóvenes, en las redes sociales, hacen que vivamos volcados hacia fuera, hacia la opinión de los otros, **perdiendo de vista nuestra dignidad personal**.

Aquí viene de nuevo **la imagen del vestido** que teje Dios para Adán y Eva. En este mundo, nos atenaza la soledad. Como consecuencia del pecado, tendemos a ocultarnos unos de otros y a que nuestras relaciones no sean verdaderas ni plenas. Nuestros cuerpos se han hecho incapaces para la comunicación. Ésta sólo vuelve a ser posible, real y verdadera cuando nos comunicamos con otros desde Dios, desde el “vestido” que Él nos otorga. **Sólo cuando nos vestimos de sus dones**, sólo cuando estamos rodeados por su gracia, nos podemos ofrecer a la vista de los otros con verdad y **se vuelve a hacer posible la comunicación y la entrega**.

La dispersión interior

Hoy es frecuente escuchar a muchos quejarse de no tener tiempo. Parece como si la mayoría de **la gente viviera ocupadísima y agobiada, dispersa en mil responsabilidades y tareas**. Afirmar que quisieran tener tiempo para dedicárselo a Dios en la oración, pero es rara la vez que pueden hacerlo por sus muchas obligaciones. A estos se dirige santa Teresa en los siguientes términos: “están muy metidas en el mundo, tienen buenos deseos y alguna vez, aunque de tarde en tarde, se encomiendan a nuestro Señor y consideran quién son, aunque no muy despacio; alguna vez en un mes **rezan llenos de mil negocios**, el pensamiento casi lo ordinario en esto, porque están tan asidos a ellos que como **adonde está su tesoro se va allá el corazón**, ponen por sí algunas veces de desocuparse y es gran propia el propio conocimiento y ver que no van bien para atinar a la puerta. En fin, entran en las primeras piezas de las bajas; mas entran con ellos tantas sabandijas que ni les dejan ver la hermosura del castillo, ni sosegar” (1M 1, 8).

De este modo, aparecen **los tres obstáculos principales** que, para la Santa, impiden al hombre iniciar su camino interior por el castillo de su alma:

1. **El primero**, del que ya hemos hablado, es **la falta de humildad**. Éste se vence contemplando el abajamiento de Dios, especialmente el que ha realizado en Cristo.
2. **El segundo** obstáculo es **encontrarse en situación de pecado mortal**, para una persona que lo haya cometido. Cuando alguien ha usado de su libertad para oponerse deliberada, consciente y gravemente a la voluntad de Dios, no puede comenzar el camino interior por dos razones: porque no es capaz de percibir la belleza del Castillo y porque, una vez que ha despreciado a Dios como principio de su vida, no puede dar ningún fruto bueno. El remedio a este obstáculo es recibir el sacramento de la Reconciliación.
3. **El tercer** impedimento es **la dispersión interior** que acabamos de mencionar. Uno puede no estar en una situación de pecado mortal, y puede reconocer humildemente que necesita llegar a Dios para ser feliz; pero si está disperso no puede emprender el camino. ¿Cómo remediar este obstáculo?

En cierto modo, el relato del Génesis nos presenta las razones por las que estamos dispersos:

1. Nuestra dispersión puede estar causada, en primer lugar, **por la soledad** en la que nos sumerge la ruptura de la comunicación que causa el pecado original. Cuando uno se siente solo, se precipita apresuradamente fuera de sí, buscando una compañía que le haga más llevaderos sus días en este mundo. Un ejemplo elocuente lo tenemos en el **uso de las redes sociales**. Muchos están continuamente pendientes de ellas porque quieren tener “amigos” pero, al hacerlo, descuidan su unidad interior. No acaban con su soledad porque, en realidad, ésta no nace de la ausencia de personas a nuestro lado —¿cuántas veces nos han llamado la atención grupos de jóvenes que, en vez de mirarse y charlar entre ellos, están todos pendientes del móvil?—, sino de ese miedo interno, esa tendencia a objetivar al otro poniéndolo al servicio de

mis carencias afectivas, que ha dejado en nosotros como herida el pecado original. El primer **remedio** contra la dispersión será, por tanto, como señalábamos anteriormente, **dejarnos “vestir” por Dios**, permitir que su gracia nos enseñe a tener verdaderos amigos, auténticas relaciones en las que no sintamos la necesidad ansiosa de estar buscando a todas horas alguien que nos diga que nuestra vida, nuestra imagen o nuestras experiencias le gustan.

2. En segundo lugar, nuestra dispersión nace de **la preocupación por nuestro futuro**, especialmente en lo referente a nuestras **necesidades vitales y profesionales**. En definitiva, a “comer el pan con el sudor de la frente”. En este sentido, es difícil hacer un discernimiento objetivo para todos los casos. Uno tiene que trabajar para sostenerse a sí mismo y a su familia. Entonces, es bueno preguntarse: ¿trabajo para vivir o vivo para trabajar? Ésta es la cuestión decisiva, que tiene diferentes respuestas en cada caso particular. Por ejemplo, hay gente que no tiene calidad de vida porque su sueldo es tan precario que, si no tuviera varios trabajos, no ganaría lo suficiente para vivir con dignidad. También hay quienes ponen en segundo lugar su convivencia familiar, la atención a la vida espiritual o el descanso, porque se dejan llevar por la ambición, consideran que no ganan suficiente o piensan que si no trabajaran no se verían realizados como personas.

Respecto a esto último, hay que llevar a cabo una verdadera conversión personal, cuya raíz esté en meditar frecuentemente la palabra de Jesús: ***¿de qué le sirve a uno ganar el mundo entero si pierde su vida?*** (Mc 8, 36). Pero quizá también sea necesario que la comunidad cristiana ayude a potenciar los verdaderos valores humanos. Una vez asegurado lo básico para una vida digna —que con frecuencia requiere menos dinero del que imaginamos, si hemos apostado por una sana austeridad— uno tiene que dedicarse a lo que le permite entregar su vida al servicio de Dios

y de los hermanos, empezando por los que tiene más cerca, en su entorno familiar. Estoy convencido de que **el consumismo y el individualismo** pueden destrozarse hoy más familias que las propias infidelidades o los conflictos interpersonales. Asimismo sería deseable que todos los hijos de la Iglesia, comprometidos en la acción caritativa, en la promoción del trabajo digno para todos o en la lucha contra el empleo precario, **insistieran en su empeño por la justicia social**. Ciertamente es comprensible que perciba mayor remuneración un trabajador cualificado que una persona sin preparación específica; pero ello no significa que un trabajador no cualificado sea un ciudadano “de segunda”. Su salario debe ser suficiente para cubrir no sólo las necesidades básicas, sino también elementos imprescindibles para el bienestar humano: una casa cómoda, vacaciones, lecturas, ocio... Por supuesto, no necesariamente de forma lujosa, pero sí suficiente para tener verdadera calidad de vida. En resumidas cuentas, no sólo se debe procurar el pleno empleo, sino también la calidad de los salarios.

Este razonamiento es especialmente válido cuando se trata de grandes empresas o franquicias internacionales. El enriquecimiento de los accionistas es legítimo siempre y cuando no se procure a costa de salarios mínimos para los trabajadores o de horarios abusivos. Por tanto, para evitar la *dispersión* a causa de las ocupaciones laborales es necesario que cada uno tenga su propio trabajo con el que **fomentar la austeridad personal**, contentándonos con lo necesario para vivir, sin buscar desordenadamente el lucro y dando prioridad a los valores que objetivamente la tienen, como la familia, el amor, el servicio... Pero también es necesario un compromiso de toda la comunidad cristiana por la *justicia social*.

3. La tercera causa de nuestra dispersión es, precisamente, el hecho de **hallarnos fuera del paraíso**. Hemos de convencernos de que, por mucho que tengamos unas relaciones amistosas suficientes y satisfactorias que calmaran su soledad, por mucho que tengamos una posición económica desahogada que cubra con creces nuestras necesidades vitales, pese a eso, sólo a medida que sigamos **caminando al encuentro con Dios**, sólo si avanzamos por esa senda de la unión con Él, iremos adquiriendo esa necesaria unidad personal.

Pistas para el trabajo personal y en grupo:

1. ¿Custodio la virtud del pudor? ¿De qué formas me protejo de todo lo que va contra ella: los argumentos de series de televisión y películas, los programas “del corazón” que venden la intimidad de los famosos, el abuso de las redes sociales, la pornografía...?
2. ¿Me resulta fácil establecer relaciones humanas de calidad? ¿Tengo verdaderos amigos? ¿Me siento solo? ¿Cómo busco paliar mi soledad?
3. ¿Qué dificultades encuentro para vivir de manera austera? ¿Me dejo llevar por la dispersión que genera el consumismo y la ambición?
4. ¿Creo que mi parroquia/mi comunidad tiene un compromiso suficiente en la promoción de la justicia social? ¿Qué podemos hacer para crecer en este sentido?

PRIMERA ETAPA

EL CONOCIMIENTO DE MÍ MISMO

Lo que está en el fondo de la experiencia humana es **la pregunta acerca de nuestra propia identidad**. Ya en el templo de Delfos, en la Antigua Grecia, una inscripción se convirtió en el imperativo que marcó el inicio del camino intelectual y espiritual de muchos hombres a lo largo de los siglos: “Conócete a ti mismo”. La tradición cristiana reconoce el valor de esta aventura, y la propia santa Teresa de Jesús indica que la Primera morada del Castillo interior es el propio conocimiento de sí mismo. **¿Qué somos nosotros?** ¿Somos meros trabajadores sufrientes, instrumentos de unas maquinarias de producción de capital que nos exceden y esclavizan? ¿Somos solamente elementos necesarios de la sociedad de mercado? ¿Somos solitarios incapaces de establecer relaciones auténticas y de escapar del aislamiento más destructor? ¿Somos animales que tan sólo se diferencian de otros por las cualidades de su inteligencia, simplemente llamados a nacer, reproducirnos y morir? ¿Somos proyectos de familia siempre frustrados porque la realidad casi nunca se adecúa a nuestros sueños? ¿Somos vagabundos desterrados del paraíso e incapaces de volver a él? ¿Somos los rivales de Dios que podrán hacerle frente mediante el conocimiento y llegar, por el avance de la ciencia, a arrebatarse el fruto del árbol de la vida que, en el relato del Génesis, Él pareció proteger? O, por el contrario, ¿somos hijos siempre buscados y siempre amados por el Creador? ¿Somos esencia de un amor que, pese a todas las dificultades de la vida, siempre termina venciendo y convirtiendo nuestra existencia en un canto de alabanza? ¿Somos personas desnudas vestidas y protegidas por un Padre que no deja de preocuparse por nosotros? ¿Somos imagen de Dios que, pese a todo el pecado y pese a nuestra condición de polvo, sigue siendo capaz de brillar en el mundo con el fulgor de la Eternidad? ¿Cada uno de

nosotros, incluso el más débil –el niño en el seno de su madre o el anciano desahuciado en la cama de un hospital– tiene un valor tan decisivo y absoluto que reúne en sí, la dignidad de la condición humana? En definitiva, **¿somos esencialmente pecadores desterrados o hijos amados, buscados y acompañados?** Probablemente somos las dos cosas. Pero encontrar el punto exacto en que en nosotros triunfa lo uno o lo otro, en esto consiste la primera de las moradas descritas por Teresa, esto habremos de descubrir en la primera de las etapas de nuestro camino interior.

“Conócete a ti mismo”. Este primer paso es tan común con toda experiencia humana verdaderamente digna de tal nombre, que la propia Santa advierte de que en estas primeras y necesarias moradas “aún no llega casi nada de la luz que sale del palacio donde está el Rey” (1M 1, 14). Pero, a pesar de todo, no podemos dejar de comenzar la peregrinación de nuestra vida preguntándonos: ¿quién soy yo ante ti, Dios mío? De lo que se trata es de tener el valor de ponernos en verdad. Recordemos una frase ya citada del Salmo 86: ***Enséñame, Señor, tu camino, para que siga tu verdad*** (Sal 86, 11). Jesús, en el mismo momento en que se define como *camino*, se llama también a Sí mismo *verdad* (cf. Jn 14, 6). El camino de la fe sólo se transita en el esplendor de la verdad. Aunque a veces no sea fácil descubrirnos en total sinceridad y transparencia ante nosotros mismos. Santa Teresa advierte que nunca terminamos de conocernos realmente y, lo más importante, que “jamás nos acabamos de conocer, si no procuramos conocer a Dios” (1M 2, 9). Así, conocerse a sí mismo no es mirarse narcisistamente el propio ombligo, preocupado sólo por mis cualidades, mis virtudes, mis defectos y mi historia. Uno sólo se conoce a la luz de quien es la Verdad, Jesucristo el Señor. Alcanzamos a responder la pregunta acerca de quiénes somos sólo mirándole a Él, el verdadero hombre que, como cuando lo hizo Pilato ante los judíos, sigue mostrándose hoy a todos los hijos de Adán para que descubramos la verdadera medida de nuestra humanidad (cf. Jn 19, 5).

“Alma, buscarte has en Mí, y a Mí, buscarme has en ti. Fuiste por amor criada / hermosa, bella, y así / en mis entrañas pintada, / si te perdieras, mi amada, / Alma, buscarte has en mí” (P 8). De esta forma, podemos decir que el primer paso del camino de la fe es conocer profundamente a Cristo, leer sus evangelios, gustar sus palabras, tener siempre ante la mente y en el corazón el ejemplo de sus obras y el calor de sus sentimientos.

La Santa nos advierte de que, en esta primera morada, en esta primera etapa, tendremos **varios peligros**, algunas asechanzas del Enemigo para impedir que sigamos avanzando. La primera de ellas es ***estar demasiado pendientes de la opinión de los otros***. Sólo Dios nos juzga, y es muy peligroso vivir cara a los demás, dejando que ellos nos digan cuál es nuestra verdadera identidad. La segunda es la ***falsa humildad***, decir que somos poca cosa y, en el fondo, ser unos soberbios que siguen siendo el centro de la propia vida. No es más humilde el que se tiene por menos, sino aquél que deja de ser el protagonista de su propia vida para cederle este puesto central a Dios. La tercera tentación es, por tanto, la ***soberbia***, que ni siquiera se disimula a sí misma y pretende que mi propio yo sea el centro del universo. Después está el peligro de ***conformarse con lo de todos***, de no darse cuenta de que el Señor también a ***mí***, personalmente, con mi nombre y apellidos, me busca como a Adán en el Paraíso, me convoca y me ofrece una misión, un camino particular a recorrer. La quinta tentación es ***permitir que nos sigan seduciendo los falsos placeres del mundo***, tapando nuestros ojos para ver la luz del gran Rey. Juntamente está el deseo de ***hacerse juez del prójimo***. Y, finalmente, la peor de todas, aquella que mencionábamos al comienzo de esta carta: ***el individualismo***, que nos hace pensar que la respuesta a la pregunta por nuestra identidad la descubrimos nosotros solos, sin mirar a Cristo y sin prestar atención a nuestra Santa Madre, la Iglesia. Pero tengamos ánimo. Estas tentaciones pueden ser vencidas con la

ayuda de Dios. Haciéndolo, estaremos en condiciones de continuar nuestro camino, avanzando hacia las Segundas moradas.

Pistas para el trabajo personal y en grupo:

1. ¿Qué imagen tengo de mí mismo? ¿Quién diría que soy yo? ¿Cuáles son mis principales virtudes y defectos? ¿Qué acontecimientos han sido más decisivos en mi vida y me han hecho ser quien soy?
2. ¿Con qué pasaje del Evangelio me identifico más? ¿Qué palabra, obra, milagro de Jesús me toca más especialmente el corazón? ¿Creo que hay alguna palabra de Jesús, dicha a un personaje en el Evangelio, que también puede servir para definirme a mí?
3. De las tentaciones enumeradas –el estar demasiado pendiente de la opinión de los demás, el conformismo, la falsa humildad, la soberbia, el verme muy seducido por los falsos placeres de este mundo, el ser juez del prójimo, el individualismo– ¿cuál es la que más me afecta personalmente? ¿Qué puedo hacer para que deje de afectarme tanto?

SEGUNDA ETAPA DETERMINACIÓN Y CONSTANCIA

El arameo errante

El Señor dijo a Abrán: “Sal de tu tierra, de tu patria, y de la casa de tu padre, hacia la tierra que te mostraré. Haré de ti una gran nación, te bendeciré, haré famoso tu nombre y serás una bendición. Bendeciré a los que te bendigan, maldeciré a los que te maldigan, y en ti serán benditas todas las familias de la tierra”. Abrán marchó, como le había dicho el Señor, y con él marchó Lot. Abrán tenía setenta y cinco años cuando salió de Jarán. (Gn 12, 1-4)

El viaje que inició Abrán, sobre el que ya hemos hablado en la introducción de esta Carta, marca la experiencia peregrina de todo creyente. Uno no se fía de Dios en abstracto, diciéndole “confío en Ti, Señor”, pero permaneciendo cómodamente instalado en las propias seguridades. **Crear es aventurarse a lo desconocido**, atreverse a dejarlo todo para ir a donde no sabemos **seguros de la promesa de Aquél a quien no vemos**. Nadie lo describe mejor que el autor de la *Carta a los Hebreos*: *Por la fe obedeció Abrahán a la llamada y salió hacia la tierra que iba a recibir en heredad. Salió sin saber adónde iba. Por la fe vivió como extranjero en la tierra prometida, habitando en tiendas, y lo mismo Isaac y Jacob, herederos de la misma promesa, mientras esperaba la ciudad de sólidos cimientos cuyo arquitecto y constructor iba a ser Dios (Hb 11, 8-10)*. Y también la Santa nos invita a aventurar la vida en un poema que compuso con ocasión de la profesión de una monja: **No haya ningún cobarde, aventuremos la vida**, pues no hay quien mejor la guarde que el que la da por perdida (Po 2,29).

Al mandato *sal de tu tierra* acompaña a Abrán una promesa fabulosa. El Señor no sólo le va a dar muchas cosas: suficientes hijos para hacer de él una nación, su compañía, la fama... Va a hacer algo todavía más grande: permitir que él mismo sea una bendición para todos, lo cual

no será tarea fácil. Por citar sólo algunas de las muchas **pruebas que tuvo que pasar el patriarca de Israel**, enumeramos las siguientes: hubo de soportar un tiempo de hambre que le obligó a refugiarse en Egipto, donde el faraón se acostaba con su mujer (cf. Gn 12, 10-20), adulterio que vuelve a repetirse más tarde, en circunstancias parecidas, con el rey de Guerar (cf. Gn 20, 1-18); debe separarse de su sobrino Lot por un conflicto dentro del clan (cf. Gn 13, 8-9); se vio obligado a librar batallas en tiempos de guerra (cf. Gn 13, 13-16); el Señor le anuncia que su descendencia *vivirá como forastera en tierra ajena, la esclavizarán y la oprimirán durante cuatrocientos años* (Gn 15, 13); soporta las discusiones entre su mujer Saray y su amante Agar a causa del hijo que había tenido con ésta, a instancias de su propia esposa (cf. Gn 16, 1-16; 21, 9-20); tuvo que contemplar la destrucción de Sodoma y Gomorra después de que haber intercedido por ellas, ya que el Señor no encontró siquiera los diez justos que había pedido (cf. Gn 18, 16-19, 25); y, la más conocida y terrible de todas, estuvo **dispuesto a sacrificar a su único hijo** probando así su obediencia al Señor quien, afortunadamente, detuvo a tiempo el cuchillo asesino (cf. Gn 22, 1-19).

Dios es fiel a sus promesas. Él nos concede lo que nos ofrece, si estamos dispuestos a caminar tras Él. Pero eso no quiere decir que la senda quede libre de obstáculos. Al contrario, quienes hemos peregrinado sabemos que no faltan dificultades; algunas tan tremendas que nos plantean seriamente la tentación de abandonar el camino. **Para seguir en él son necesarias dos virtudes: la *determinación* y la *constancia*.** Y precisamente cuando se alcanzan hemos llegado a la segunda morada del castillo interior, tal como lo presenta Santa Teresa.

Segunda Etapa: Determinación, constancia y abrazarse a la cruz

La segunda morada de Teresa es una invitación a **entrar en la oración con determinación**, como Abrahán fue invitado a seguir al Señor, y él le obedeció inmediatamente. Santa Teresa la define como

“trato de amistad con Aquel con quien sabemos nos ama”, es decir, como un diálogo amoroso con el Señor. Ya puedes preguntarte: ¿Es así tu oración?

Leamos algunos pasajes en los que la Santa expone la importancia de las virtudes determinación y constancia, para seguir por el camino de la vida interior. Santa Teresa suele destinar sus libros a sus monjas para instruir las. Pues bien, a las hermanas que se sienten desalentadas porque, habiendo empezado la oración, les resulta difícil o no experimentan ningún consuelo o no sienten a Dios, les dice: “bien sabe su Majestad aguardar muchos días y años, en especial cuando ve *perseverancia* y buenos deseos” (2M 1, 3). Después insiste: “Toda la pretensión de quien comienza oración (y no se os olvide esto, que importa mucho) ha de ser **trabajar y determinarse y disponerse con cuantas diligencias pueda a hacer su voluntad conformar con la de Dios** y, como diré después, estad muy cierta que en esto consiste toda la mayor perfección que se puede alcanzar en el *camino* espiritual” (2M 1, 8).

Ya en otros escritos había hablado la Santa de la importancia de esta **determinada determinación a perseverar en la oración, pese a todas las dificultades y desánimos** (cf. CV 23; V 11, 1...). Es famoso este pasaje de *Camino de perfección*: “Tornando a los que quieren ir por él y no parar hasta el fin, que es llegar a beber de esta agua de vida, cómo han de comenzar, digo que importa mucho, y el todo, una grande y muy determinada determinación de no parar hasta llegar a ella, venga lo que viniere, suceda lo que sucediere, trabájase lo que se trabajare, murmure quien murmurare, siquiera llegue allá, siquiera se muera en el camino o no tenga corazón para los trabajos que hay en él, siquiera se hunda el mundo” (CV 21, 2). En esa firme constancia no pueden desanimarnos caídas ocasionales o infidelidades puntuales:

“No os desaniméis si alguna vez cayereis, para dejar de procurar ir adelante; que aun de esa caída sacará Dios bien” (2M 1, 9)³.

A veces el desánimo nos viene porque hemos querido **correr demasiado**, y alcanzar un altísimo nivel espiritual en los inicios mismos de nuestra vida de oración. ¡Es como si alguien que nunca hubiera ido a la montaña quisiera comenzar sus rutas por la sierra de Gredos escalando los Galayos! Cualquiera de nosotros le aconsejaría que mejor se introdujera mejor con un paseo más suave y mejor marcado, como por ejemplo la ruta a la Laguna grande. Por eso, “**no ha de ir a fuerza de brazos el empezarse a recoger [orar] sino con suavidad** para que podáis estar más continuamente” (2M 1, 10). Otras veces nos lo impiden dificultades que encontramos en el camino de la vida, a las que la Santa llama “**aflicciones**” o “**demonios**”: “Oh Jesús, qué es la barahúnda que aquí ponen los demonios, y las aflicciones de la pobre alma, que no sabe si pasar adelante o tornar a la primera pieza” (2M 1,4). Para superar las dificultades ella aconseja: “**abrazos con la cruz que vuestro Esposo llevó**” (2M 1,7). Lo veremos más adelante.

En efecto, esta determinación y constancia, dada nuestra flaqueza, sólo son posibles si tenemos muchas veces presentes el ejemplo de Cristo en la cruz. Más difícil que el camino de obediencia de Abrahán fue el de Jesús, pues Él, *a pesar de ser Hijo aprendió sufriendo a obedecer* (Hb 5, 8). Su fidelidad al Padre le llevó hasta la muerte, y una muerte de cruz (cf. Flp 2, 8). ¡El Verbo de Dios, el mismo Dios, el eternamente

³ El desánimo en la vida de oración, sobre todo cuando hemos consentido que infidelidades puntuales se hagan crónicas, rutinarias, y se pierda la ilusión del “amor primero» (cf. Ap 2, 4), se concreta en la *acedia* que es una de las más peligrosas enfermedades del espíritu, muy presente en el día de hoy. El Papa Francisco habla de cómo ésta conduce a una falta de vigor pastoral y evangelizador (cf. *Evangelii Gaudium* 81-83). Para quienes se vean afectados por ella, es muy recomendable la lectura de J.C. Nault, *El demonio del mediodía. La acedia, el oscuro mal espiritual de nuestro tiempo*, Madrid (BAC) 2014.

inmortal y feliz, asume los sufrimientos del castigo más cruel jamás diseñado por los hombres para recorrer personalmente nuestros senderos e invitarnos a todos a acompañarle por su camino de resurrección hasta la gloria del Padre! Por eso hay que **tener siempre ante nuestros ojos la imagen de Cristo en la cruz**, para que nazca en nuestro interior esa necesaria virtud de la perseverancia en el camino. “Pues, si nunca le miramos ni consideramos lo que le debemos y la muerte que pasó por nosotros, no sé cómo le podremos conocer ni hacer obras en su servicio, porque la fe sin ellas y sin ir llegadas al valor de los merecimientos de Jesucristo, bien nuestro, ¿qué valor pueden tener ni quién nos despertará a amar a este Señor?” (2M 1, 11).

Aunque nadie puede prever las dificultades que cada uno encontrará en su camino de oración, la Santa nos advierte contra **cuatro pruebas que suele poner el diablo en esta etapa**. Ella piensa, con razón, que en este momento el demonio se empeña mucho, pues a medida que uno avanza en la senda interior van perdiendo fuerza sus artimañas.

La primera tentación es ***representarnos los placeres del mundo como si fueran eternos***. En palabras de nuestra Mística: “aquí es el representar los demonios estas culebras de las cosas del mundo y el hacer los contentos de él casi eternos” (2M 1, 3). Es como si, en realidad, las únicas fuentes de alegría fueran para nosotros las que nos ofrecen **el sexo, el dinero y el poder**. Tendemos a absolutizarlas, pensando por las dificultades del camino que la felicidad eterna o no existe o, si existe, cuesta tanto alcanzarla que mejor disfrutar ahora lo que podamos, que luego ya veremos. En definitiva, se trata de poner nuestro corazón en esos falsos tesoros que la carcoma y la polilla roen, contra los que nos advierte el Señor (cf. Mt 6, 19-23).

La segunda tentación son **las malas compañías**: “Por vuestra misericordia no consintáis que esta alma sea engañada para dejar lo comenzado; dadle luz para que vea cómo está en esto todo su bien y

para que se aparte de malas compañías” (2M 1, 6). Durante el V Centenario del nacimiento de Santa Teresa, subrayaba la decisiva importancia que tiene en nuestra vida la comunidad cristiana. Es fundamental que nuestros amigos, quienes influyen con sus consejos en nuestras decisiones, cuya opinión realmente nos importa, a quienes queremos y por quienes somos queridos, sean los que nos apoyen en nuestro camino interior. Si no lo hacen, al menos hay que procurar que no nos distraigan. Está tan arraigado en tanta gente el espíritu del mundo, que sólo **“haciéndonos espaldas” unos con otros**, podemos continuar recorriendo el camino de la fe (cf. V 7, 22). Por eso, caigamos en la cuenta de que también nosotros hemos de ser *buena compañía* para los demás.

A la tercera tentación hemos hecho alusión antes. Consiste en ***desanimarnos por eventuales caídas***. Esto, en el fondo, supone darnos a nosotros más importancia que a Dios. Si somos capaces de avanzar en el camino espiritual no es principalmente gracias a nuestras fuerzas, siempre demasiado escasas, sino a la gracia del Espíritu. Él no nos falla incluso cuando nosotros caemos. Más aún, puede tornar cada tropiezo en una oportunidad para aprender y ser más fieles en el seguimiento de Jesucristo.

La cuarta y última tentación que cita la Santa es, en fin, la de ***desear consuelos en la oración***. Las cosas realmente importantes son verdaderas sólo en la medida en que son gratuitas, un fin en sí mismas y, por consiguiente, aunque vengan acompañadas de otros regalos, no son éstos los que buscamos. Expliquemos el asunto con un ejemplo. Si yo tengo un amigo, éste puede ser para mí consuelo cuando estoy triste, o compañía para hacer un viaje, o confidente para tomar unas cañas. Todo esto es legítimo; pero yo no quiero a esa persona por lo que me da: consuelo, compañía o confianza. **Lo quiero porque es él, le quiero a él**. La amistad es un fin en sí misma. Incluso si no cumpliera eficazmente esas funciones citadas, seguiría siendo mi

amigo; porque yo no lo quiero *para* algo, sino *por* ser él. Pues bien, algo similar sucede en la oración. Si rezamos, puede suceder que el Señor nos conceda experimentar el calor de su presencia, recibir gran paz espiritual, hallar luz ante los problemas de nuestra vida... todo esto *puede* pasar y, si pasa, bienvenido sea. Pero si rezo *para* tener todo eso, entonces mi relación con Dios es egoísta, tan interesada como la de quien se llama amigo de otro simplemente para tener quien le entretenga en sus momentos de soledad.

Por eso, esperar los efectos o consuelos de la oración puede llevar a distraernos. Nosotros rezamos para cumplir la voluntad de Dios y llegar a Él. Si para esto el Señor quiere concedernos experiencias especiales, bendito sea. Si no, bendito sea también. Nuestro gozo es estar con Él pues, como dijo la Santa: **“no plega a vuestra Majestad que cosa de tanto precio como vuestro amor se dé a gente que os sirve sólo por gustos”** (V 11, 12). Y en otro pasaje añade: “Ya ellos, como fuertes, os sirven sin ello [es decir, sin gustos, sin consuelos, sin desear los premios] y los tratáis como a gente esforzada y no interesal” (V 19, 6). Después de todo, si rezamos cuando hacerlo nos aporta tranquilidad, sosiego o bienestar interior, ¿qué mérito tiene? ¿Cómo sabríamos entonces que estamos con Cristo por seguir sus caminos, y no simplemente por el egoísmo de conseguir “placeres” que de otro modo nos resultarían ajenos? La prueba del verdadero amor –y la oración, no lo olvidemos, es un oficio de amor, un “tratar de amistad, estando muchas veces tratando a solas con quien sabemos nos ama” (V 8, 5)– consiste en permanecer fieles incluso cuando no recibimos nada a cambio, cuando las emociones parecen desvanecerse. Como Abrahán, también nosotros estamos llamados a perseverar en el camino de la fe, a pesar de todas las pruebas.

Finalmente, la Santa da un consejo muy importante para permanecer constantes en la oración: el acompañamiento espiritual. Un director espiritual en nuestra vida cristiana es imprescindible. Para

avanzar, Teresa nos lo aconseja vivamente: “Os tengo dicho cómo os habéis de hacer en estas turbaciones: hace mucho al caso tratar con personas experimentadas” (2M 1,10).

Pistas para el trabajo personal y en grupo:

1. ¿Diría que la constancia, la perseverancia y la determinación son valores arraigados en mí? ¿En qué acontecimiento concreto, en qué experiencia de mi vida podría comprobar que, en efecto, soy capaz de permanecer fiel a mis propósitos, especialmente en los relacionados con mi vida de fe?
2. ¿Soy constante en la oración de cada día?, también cuando estoy cansado o no me apetece por algún motivo? ¿Hago oración sólo cuando me encuentro a gusto, cuando siento paz, dicha interior o la hago con regularidad y fielmente?
3. ¿Cómo está presente Cristo crucificado en mi vida espiritual? ¿Le contemplo a menudo?
4. ¿Cuáles de las tentaciones enumeradas –recordemos: considerar como eternos los placeres del mundo, las malas compañías, los desánimos por las caídas en la vida de oración y el deseo inmediato de “consuelos”– están o han estado especialmente presentes en mí?
5. ¿Tienes director espiritual o acompañante en tu vida interior? ¿Lo has tenido y lo has dejado por algún motivo?

TERCERA ETAPA

LLEVAR UNA VIDA RECTA

En el camino Dios revela su Ley

A los tres meses de salir de la tierra de Egipto, aquel día, los hijos de Israel llegaron al desierto del Sinaí. Salieron de Rafidín, llegaron al desierto del Sinaí, y acamparon allí, frente a la montaña. Moisés subió hacia Dios. El Señor lo llamó desde la montaña diciendo: “Así dirás a la casa de Jacob y esto anunciarás a los hijos de Israel: “Vosotros habéis visto lo que he hecho con los egipcios y cómo os he llevado sobre alas de águila y os he traído a mí. Ahora, pues, si de veras me obedecéis y guardáis mi alianza, seréis mi propiedad personal entre todos los pueblos, porque mía es toda la tierra. Seréis para mí un reino de sacerdotes y una nación santa”. Estas son las palabras que has de decir a los hijos de Israel”. Fue, pues, Moisés, convocó a los ancianos del pueblo y les expuso todo lo que el Señor le había mandado. Todo el pueblo, a una, respondió: “Haremos todo cuanto nos ha dicho el Señor”. Moisés comunicó la respuesta del pueblo al Señor. (Ex 19, 1-8)

Sin ninguna duda, **el camino más famoso de los realizados por Israel es el éxodo** que le llevó, durante cuarenta años, de Egipto a la tierra prometida. El pasaje que acabamos de leer es la introducción al **gran regalo** que Dios va a hacer a los hombres durante ese peregrinar: la revelación de su Ley, **los Diez Mandamientos**. Éstos, antes que ser unas normas de conducta ética, son el signo de la alianza que el Señor ha establecido con su pueblo, el sello por el cual se comprueba que le pertenecemos a Él y que, desde Él, adquirimos su misma mirada sobre todos los seres humanos. Siendo el Creador el centro de nuestras vidas, el amor absoluto que decide cuanto somos y hacemos –mandamientos primero, segundo y tercero del decálogo–, nos permite recibir a cada uno de los miembros de nuestra familia como un don de su generosidad, ver en cada enemigo un hermano, respetar la intimidad del otro por encima de nuestros deseos de placer, custodiar sus posesiones con más empeño que las nuestras, ser discípulos de la

verdad, ordenar nuestros pensamientos y encauzar nuestros deseos conforme a la medida del bien –mandamientos del cuatro al décimo–.

Hoy en día hay un preocupante desprecio de la vida moral. Si somos sinceros, la pregunta que rige la actuación de muchos conciudadanos, y quizá de algunos de nosotros, no es “¿qué *debo* hacer?” sino “¿qué *me apetece hacer?*”. Con frecuencia, se consideran las normas de comportamiento como fruto de determinados convencionalismos sociales, que limitan la libertad de la persona y, con ello, impiden nuestra felicidad. Se piensa que muchos de los criterios que rigen la vida de los cristianos están “pasados de moda”, que son frutos de las exageraciones propias de tiempos pretéritos. Incluso quienes van cada domingo a Misa, no siempre terminan de comprender por qué deben reconciliarse con quienes les ofenden, qué sentido tiene custodiar la virginidad hasta el matrimonio, cuál es el problema si se paga una compra o un servicio sin IVA... Y eso sólo por mencionar algunos de los ejemplos más cotidianos, y no entrar en temas polémicos como el aborto, la fecundación *in vitro*, el divorcio, etc.

Ha adquirido el problema tales dimensiones que, de hecho, se acusa a la Iglesia de haber creado ciudadanos reprimidos por imponerles su moral. O, sin haber leído a Nietzsche, muchos aceptan su crítica de que la moral judeocristiana ha sido el engaño de los débiles y decadentes para imponer su dominio en la sociedad⁴. Es cierto que **la fe no puede reducirse a mera ética**, y que quizá uno de los errores que hemos cometido en el pasado ha sido el de insistir tanto en el *hacer*, en “ser buenos”, que hemos olvidado lo esencial del cristianismo, que consiste en *creer*, en pertenecer a Dios, que es el Bien, la Verdad y la Belleza. Pero, sin caer en el error de reducir el cristianismo a un

⁴ Cf. F. Nietzsche, *La genealogía de la moral. Un escrito polémico*, Madrid (Alianza) 1996.

fundamento de valores y virtudes, debemos reconocer que **no podemos seguir el camino de Dios sin vivir conforme a sus juicios**, conforme al Bien que la recta razón, por sí misma, no es capaz de descubrir y que en la revelación de los mandamientos se pone de manifiesto. De hecho, la tercera etapa de nuestro camino, la tercera morada que describe santa Teresa, es precisamente la de una vida ética correcta.

Tercera etapa: conformados a la medida del Bien

Con estas palabras se describe en el *Castillo Interior* la presente etapa de nuestro camino: “[las almas] son muy deseosas de no ofender a su Majestad ni aun de los pecados veniales se guardan y de hacer penitencia amigas; sus horas de recogimiento; gastan bien el tiempo; ejercítanse en obras de caridad con los prójimos; muy concertadas en su hablar y vestir y gobierno de su casa” (3M 1, 5).

Fijémonos que lo primero que subraya santa Teresa es **el deseo**. **En la educación ética**, que se destina especialmente a niños y jóvenes, pero sobre la que todos habremos de estar atentos, tengamos la edad que tengamos, **hay dos riesgos**. El primero consiste en **hacer el bien por imposición** de nuestros educadores o por miedo a las consecuencias negativas que podrían derivarse de actuar conforme al mal. En la vida espiritual supone un riesgo muy grande: el de evitar el pecado no por amor, para evitar ofender a Dios, sino por temor, para no ser castigados por Él. El peligro de esta postura radica en que, actuando por amor, el centro de nuestra vida es Dios; mientras que, haciéndolo por temor, aunque obráremos siempre el bien, el centro somos nosotros mismos y seguimos, por tanto, clausurados en una dinámica egoísta. Para comprender lo que quiero explicar, podemos leer la **parábola del publicano y el fariseo en el templo** (cf. Lc 18, 9-14).

En ese relato que narra Jesús, lo primero que llama la atención es que en ningún momento se cuestiona la verdad de lo que afirman los dos personajes: no se duda de que el publicano sea, como él dice, un pecador; ni que el fariseo ayune dos veces por semana, pague el diezmo de todo lo que tiene, no haya robado, sea fiel a su mujer... Y, sin embargo, pese a que uno es un pecador y el otro lleva una vida ética correcta, es el culpable quien baja a su casa justificado. ¿Por qué? Porque, en realidad, el fariseo, haciéndolo todo bien, está demasiado centrado en sí mismo: “**yo no soy como los demás**, yo ayuno, yo doy limosna, yo, yo, yo...”. Mientras que el publicano, a pesar de sus faltas, es capaz de salir de sí mismo y pronunciar ante todo un *tú*, el *Tú* de Dios: “**Tú, Señor, ten piedad de mí**”. Por eso es tan peligroso en la vida ética hacer las cosas “porque sí”, solo por exigencia personal, por temor al castigo, o por mera costumbre. Un cristiano debe optar por el bien fundamentalmente movido por el amor. Si no, algo falla. Si no, quizá seguimos demasiado centrados en nosotros mismos.

Ahora bien, el **otro riesgo** es el contrario, que sobre todo en épocas recientes se ha deslizado en nuestra formación ética. Consiste en **dejar a la gente que haga lo que quiera, hasta que ellos mismos descubran por qué una actitud es realmente virtuosa**, por qué se le llama *valor*. Esta corriente, sin duda bienintencionada y probablemente influida por la crítica de Nietzsche, no tiene en cuenta **cuatro aspectos fundamentales**.

El primero es que, para santa Teresa, el deseo de hacer el bien no surge hasta la tercera morada, y para llegar a ella es imprescindible **haber avanzado por el camino espiritual**, cosa que sólo es posible luchando contra las “alimañas” que están fuera del “castillo”, es decir, contra las tentaciones del diablo. O sea, que **sólo llega a gustar el bien quien previamente ya ha hecho el bien**. Dicho de otra manera, no podemos esperar a que uno opte por el bien cuando se haya decepcionado por las falsas promesas de felicidad que nos ofrece el

mal. Ante todo, porque un corazón desilusionado difícilmente probará cosas nuevas. Además, una vez que un vicio –una conducta perversa que, a fuerza de repetirse, se ha convertido en habitual para nosotros– ha arraigado en nuestro corazón, es muy costoso desprenderse de él, por mucho que estemos convencidos de la necesidad de hacerlo.

El segundo aspecto lo que ha descubierto la psicología evolutiva. Hay momentos del crecimiento humano en que uno no comprende por qué el bien es bueno y el mal es malo. **La autoridad que el niño reconoce en sus padres es la consecuencia lógica de la confianza en ellos.** El pequeño tiene que aprender que todo acto tiene consecuencias, y que un acto malo conlleva repercusiones perjudiciales para él. Si no, nunca comprenderá qué significa ser *responsable*. El castigo moderado que los buenos padres aplican a sus hijos que se han portado mal les hace salir de su egoísmo, de esa tendencia innata que todos llevamos en nuestro interior y nos empuja a dar satisfacción inmediata de nuestros caprichos. Una vez que el pequeño supera las fases iniciales, a medida que vaya creciendo en sus capacidades intelectuales y espirituales para razonar con acierto, dejamos esas prácticas infantiles y utilizar otras estrategias. Es un error tratar a un adulto como a un niño –es lo que sucede a veces en la adolescencia–, pero también se equivocan quienes tratan a los niños como adultos.

El tercer aspecto consiste en que, cuando alguien considera algo bueno, procura que aquellos a quienes ama disfruten también de lo mismo que ellos han descubierto. ¿Creerá alguna vez un niño que algo es realmente bueno si su madre no lo quiere para él, si no se lo da incluso cuando, movidos por las reacciones propias de la falta de madurez, al principio se resista?

Finalmente, el **cuarto aspecto** es tener presente que **los seres humanos no somos islas**: vivimos en sociedad y en relación. Hay valores –recordemos que las normas siempre protegen valores– propios de la vida común que cada uno debe interiorizar desde

pequeño, incluso antes de que comprenda por qué algo es realmente bueno. En cualquier caso, lo que en esta tercera etapa se percibe es **el bien como algo que suscita nuestro deseo**. No se trata de algo que simplemente se percibe como bueno y, por lo tanto, se opta por ello; sino de una realidad apetecible, seductora, que nos saca de nosotros mismos, que no nos convoca simplemente por utilidad, sino por su belleza propia.

De las características que la Santa describe esta morada, llama la atención que diga **“gastan bien el tiempo”**. Sobre todo, porque en nuestros días se percibe una doble tendencia. Por un lado, tenemos la impresión de que “no tenemos tiempo para nada”, que estamos continuamente reclamados por mil responsabilidades y compromisos que nos hacen vivir estresados, agobiados y casi con la lengua fuera. Pero, por otro lado, quizá nunca hayamos perdido tanto el tiempo como ahora. ¿Cuántas horas, por ejemplo, invertimos en imágenes dañinas para el espíritu viendo la televisión? ¿Cuántas en ver vídeos estúpidos en internet? Y luego, nos falta tiempo para dedicarlo a la oración, al servicio de los demás, o a implicarnos en alguna tarea en la parroquia. Cuando uno llega a esta etapa, descubre la verdad del viejo adagio romano: **“sirve al orden, y el orden te servirá”**. Has de llevar una vida donde el tiempo es descubierto como un don de Dios y has de gestionarlo para hacer el bien, o como dice la Santa, para hacer penitencias amigas, horas de recogimiento, obras de caridad, etc.

Dificultades en esta etapa

Llegados a este punto de nuestro camino, la Santa nos previene acerca de **algunas tentaciones** que nos pueden sobrevenir y, cayendo en ellas, **abandonemos nuestro itinerario hacia Dios**.

La primera de estas pruebas es la sequedad. Una vez que uno ha adquirido el hábito de rezar, se descubre que **la oración no equivale siempre a encontrar un remanso de paz**. El trato de

amistad con Dios a veces **es una lucha**, como la de Jacob con el ángel (cf. Gn 32, 22-32), pues nuestra voluntad egoísta, rebelde y cómoda se resiste a la presencia del Señor. En otras ocasiones nos distraemos, nos centramos excesivamente en nuestros propios problemas, damos vueltas a un pasaje de la Escritura o a un misterio de la vida de Jesús, y no encontramos nada nuevo. Estaremos demasiado urgidos por las cosas de este mundo, por mil reclamos que atraen nuestra atención, mientras estar a solas ante el sagrario nos parecerá una pérdida de tiempo. No pocas veces nos acordaremos del calor y la ternura con la que, en algunos momentos, especialmente cuando iniciamos nuestra vida espiritual, sentíamos la cercanía de Cristo en la oración; y **nos parecerá que, por no sentir ahora lo mismo, estamos fallando**.

Muchas veces trata la Santa en sus obras esta cuestión de las *sequedades*. Para ella, y a pesar de lo paradójico que nos pueda resultar, **se trata de un don de Dios. Los “gustos”** en la oración, la paz y la alegría que uno experimenta en los inicios de la vida espiritual, son como los dones de los que se sirve el Señor para manifestarnos que Él en verdad existe, y que lo que hacemos en la oración es tratar con Él. Pero una vez que hemos descubierto esto, **Dios no espera de nosotros nuestros sentimientos, sino nuestra fidelidad**. Si rezáramos por los “gustos” que Dios nos concede en la oración, seríamos en el fondo unos interesados. Una vez más, el centro de nuestra vida seríamos nosotros mismos, y no el Señor. Por eso, Teresa escribe de unos santos que conoce: “ya ellos, como fuertes, os sirven sin ellos [sin gustos] y los tratáis como a gente esforzada y que no obra por interés” (V 19, 6).

Esta búsqueda de los consuelos espirituales, en el fondo, nace de una actitud similar a la demostrada por **el joven rico** (cf. Mt 19, 16-22; vid. 3M 1, 6-7). Su deseo de seguir a Cristo es interesado. Está dispuesto a darle algunas cosas, como es el cumplimiento de los mandamientos: no matar, no robar, no cometer adulterio, respetar a

los padres... Pero, para el Maestro, esto no basta. Jesús espera del joven rico, y de nosotros, que tengamos un comportamiento ético correcto, pero es necesario algo más: *vende tus bienes, da el dinero a los pobres –así tendrás un tesoro en el cielo– y luego ven y sígueme* (Mt 19, 21b). **La meta** de esta etapa, que permite el paso a la siguiente, **no es hacer las cosas por lo que Dios nos da, sino porque Dios es Dios. No entregarle sólo lo mínimo, sino darnos del todo.** En definitiva, se trata de no ser hipócritas. De no ponernos una máscara de piedad, de ser buenas personas reconocidas por todos, sino de entregarnos verdaderamente a Cristo. Así como el motivo por el que rechazamos el mal no puede ser solo escapar del castigo del infierno, ni el motivo por el que hacemos el bien debe ser alcanzar la alegría en este mundo y la felicidad eterna, sino que la razón por la que somos buenos es por amor a Dios, Sumo Bien, así también la razón por la que rezamos y seguimos a Cristo no ha de ser simplemente por conseguir lo que Él nos promete, sino por amor total y decidido. Y sólo ama quien se entrega sin reservas. **“No está la perfección en los gustos, sino en quien ama más”** (3M 2, 10).

Hemos dicho al principio de esta etapa que la Santa habla de *almas concertadas* en su hablar y vestir. ¿A qué se refiere con esa expresión? Habla de aquellas **personas que se encuentran ya satisfechas** con el propio estado de vida, que **no sienten necesidad de avanzar más** por el camino de la voluntad y de la entrega al Señor. Hacen lo mandado como si hubieran “concertado” o pactado con Dios, cumplen, obedecen, hacen lo correcto, se quedan satisfechas con “sus obrillas”. Pero no son obrillas lo que Dios espera de nosotros, sino todo, darle todo, entregarle toda nuestra vida: “entrar en la cámara del Rey”, vivir como “vasallas de Dios”; no sea que crean que lo hacen todo tan bien que “se queden sin nada”. Aquí encontramos el ejemplo de los santos, que sí entraron en la cámara del Rey: examinaos y veréis la diferencia entre ellos y nosotros (3M 1,6-7). El negocio no está en practicar la religión, es decir, **el “concierto” de nuestra vida no**

consiste en pequeñeces, sino en hacer de nuestra vida “lo que su Majestad ordenare de ella, y no queramos nosotras que se haga nuestra voluntad, sino la suya” (3M 2,6).

De ahí, lo positivo de las sequedades en la oración. Estas nos educan para que podamos decir: “Señor, a pesar de que no siento nada, de que me distraigo, de que estar todos los días cierto tiempo ante ti me resulta duro, quiero seguir estando contigo, pues soy tuyo”. De forma poética lo expresó nuestra Santa en su poema *Vuestra soy*: “Dad consuelo o desconsuelo, / dadme alegría o tristeza, / dadme infierno o dadme cielo, / vida dulce, sol sin velo: / pues del todo me rendí, / ¿qué mandáis hacer de mí? / Si queréis, dadme oración; / si no, dadme sequedad, / si abundancia y devoción, / y si no esterilidad. / Soberana Majestad, sólo hallo paz aquí: / **¿Qué mandáis hacer de mí?**”. De hecho, la determinación de la voluntad es tan decisiva para la Santa, que es ésta la que explica, en cierto modo, la necesidad de hacer el bien: no es que Dios necesite de nuestras obras, sino que quiere comprobar si de verdad le somos fieles: “este amor, hijas, no ha de ser fabricado en nuestra imaginación, sino probado por obras; y no penséis que ha menester nuestras obras, sino la determinación de nuestra voluntad” (3M 1, 7). **Son “las obras” la prueba de nuestra fidelidad al Señor,** dice San Juan: “Si alguno dice ‘amo a Dios’ y aborrece a su hermano, es un mentiroso”.

La segunda razón por la que no hay que asustarse de las sequedades es porque **de ellas podemos sacar *humildad*,** que es la condición necesaria para progresar en la vida espiritual. Es el maligno quien, apoyándose en la aspereza de la vida espiritual –semejante, a veces, al seco desierto que hubo de atravesar Israel en el éxodo–, quiere que la abandonemos. Pero quien se sabe pequeño ante Dios es muy consciente de que no puede exigirle nada, y que ha de recibir los consuelos y desconsuelos como ayudas en su camino. Leamos las palabras de la Santa: “el Señor os lo dará a entender para que **saquéis**

de las sequedades humildad y no inquietud, que es lo que pretende el demonio; y creed que, adonde la hay de veras que, aunque nunca dé Dios regalos, dará una paz y conformidad con que anden más contentas que otros con regalos... ¡Pruébanos tú, Señor, que sabes las verdades, para que nos conozcamos!” (3M 1, 9).

En esta tercera etapa encontramos **la prueba del amor de Dios: si Cristo te ama, ¿cuál es tu respuesta?** Necesitas comprobar si verdaderamente le amas o bien tu vida sigue centrada en ti mismo en tus buenas acciones, en la conformidad contigo mismo y con tu conciencia. Si la amistad con Jesús avanza, habrás de transformar la simple amistad en amor y en entrega total. No basta con quedarse “quieto” o “concertado”, sino en avanzar decididamente a la plena donación de sí mismo a la voluntad de Dios.

En todo caso, es en este momento del camino cuando **va siendo más necesaria la ayuda del acompañante** o “mentor”, del que hablábamos en la introducción. Aconseja insistentemente santa Teresa **“tener a quién acudir”** (3M 2, 12). Sólo **una mirada externa** que contemple nuestro itinerario personal desde la experiencia, el cariño y una profunda vida interior puede ayudarnos a descubrir si en verdad estamos siendo sinceros y humildes o si, por el contrario, nos hemos conformado con crear una cierta máscara de vida religiosa y éticamente correcta que acalla nuestra conciencia y nos hace parecer como justos ante los demás, pero que, en realidad, oculta que aún no nos hemos entregado del todo, aún no hemos amado del todo, aún no lo hemos dejado todo para hacer de Cristo nuestros verdadero y único bien.

Pistas para el trabajo personal y en grupo:

1. ¿Creo que la gente que me rodea tiene una correcta educación ética? ¿Cuáles son los valores que, en mi opinión, más escasean en la actualidad?

2. ¿Por qué razón hago yo el bien: por amor o por temor? ¿Hasta qué punto pesa en mí la costumbre? ¿Cómo puedo colaborar con mis hijos, mis nietos, mis alumnos... a educarles correctamente a hacer el bien por amor a Dios?
3. ¿Cómo es mi uso del tiempo? ¿Lo aprovecho? ¿Lo pierdo? ¿Me quejo frecuentemente de que “no tengo tiempo”, olvidando que, en realidad, es lo único que poseo?
4. ¿Cómo es mi relación con Dios? ¿De puro cumplimiento? ¿de relaciones correctas con el Señor? ¿O más bien de decisión plena en la entrega sin reservas, de búsqueda sincera de su voluntad sobre mí?

CUARTA ETAPA
LA ORACIÓN DE QUIETUD.
EL SILBO DEL PASTOR

Regresando al hogar

Cuando el Señor hizo volver a los cautivos de Sión,

nos parecía soñar:

la boca se nos llenaba de risas,

la lengua de cantares.

Hasta los gentiles decían:

“El Señor ha estado grande con ellos”.

El Señor ha estado grande con nosotros

y estamos alegres.

Recoge, Señor, a nuestros cautivos,

como los torrentes del Negueb.

Los que sembraban con lágrimas

cosechan entre cantares.

Al ir, iba llorando,

llevando la semilla:

al volver vuelve cantando,

trayendo sus gavillas.

(Sal 126 [125]).

Tras el éxodo, **el camino de Israel no se detuvo al llegar a la tierra prometida.** Durante muchos años hubo de librar batallas contra los pueblos establecidos en el territorio que Dios les regalaba. La dinámica que nos narra la Escritura es siempre la misma: cuando los israelitas son fieles al Señor, éste suscita caudillos militares, los jueces, que les guían hacia la victoria; cuando, por el contrario, abandonan la Alianza y se entregan al culto de los ídolos cananeos, son masacrados por el enemigo. La situación parece resolverse cuando, una vez

establecida la monarquía, accede al trono de Jerusalén el rey Salomón. Es en ese momento cuando Israel parece haber derrotado a sus enemigos, parece haber conquistado por fin la tierra, cuando creen haber alcanzado la paz.

Pero las cosas no fueron así. Israel había sometido a unos pueblos no excesivamente organizados, ni con demasiados recursos económicos, ni especialistas en cuestiones castrenses. Sin embargo, quedaban en su entorno grandes potencias militares: Egipto, Asiria, Babilonia, después Grecia, Roma..., muy interesadas en el puesto geoestratégico que ocupaba el pueblo elegido en la cuenca del Mediterráneo. Además, tras la muerte de Salomón el reino se divide en dos: uno, en el norte, que conserva el nombre de Israel y otro, en el sur, llamado Judá. Además, a la presencia de amenazas externas y a la división interna se une aún otro factor, el más grave y decisivo según los autores bíblicos: la idolatría. El pueblo judío se entregó sin reparos a la veneración y adoración de los ídolos que prometían placer, poder, riquezas; de esos falsos dioses que no exigían la atención al prójimo, sino que simplemente pedían un culto externo, a veces vinculado a desórdenes sexuales. Así, al abandonar al Dios que les había elegido, les había salvado y les había concedido su identidad como nación, **el pueblo se vio derrotado y expulsado de su patria, camino del destierro.**

Considerando esta etapa de la historia sagrada, es fácil descubrir muchos paralelismos con la situación contemporánea de Europa y de España. Hoy también hay grandes “imperios” con importantes recursos económicos y cuyas decisiones nos arrastran inexorablemente. Hay amenazas tremendas y tan difícilmente controlables como la que supone, por ejemplo, el terrorismo islamista. Hay un grave riesgo de fragmentación de la sociedad, azuzado por quienes fomentan la división en vez de la unidad. Y hay –esto es lo más decisivo– un **abandono de la fe cristiana** que hasta ahora ha

dado sentido, una **pérdida de rumbo** y proyección a nuestras sociedades occidentales. ¿No será necesario fomentar la unidad de los pueblos y, sobre todo, fortalecer la confesión del Evangelio, para que podamos resistir realmente a las amenazas que nos llegan del exterior? ¿Puede subsistir un reino dividido (cf. Mt 12, 25)? ¿Pueden Europa y España seguir siendo ellas mismas sin nutrirse de la raíz cristiana que, junto con la filosofía griega, el derecho romano y lo mejor de la herencia ilustrada, han constituido durante estos siglos las fuentes vitales de su identidad como pueblo?

Pero **volvamos al camino de Israel**. La **deportación** del pueblo elegido a Babilonia fue, en realidad, una **ocasión de gracia**. En tierra extranjera, los judíos permanecieron fieles al Señor. Conscientes de que fue su rechazo del Dios vivo era el que les había llevado a la ruina, tal y como les habían advertido los profetas, su destierro les permitió recuperar las raíces de la fe. Y un buen día, sucedió lo inesperado: Persia se impuso y su rey **Ciro permitió que retornasen a Jerusalén**. En la acción de ese monarca extranjero, los autores bíblicos descubrieron que era el mismo Dios quien estaba actuando. Su fidelidad había sido recompensada. El Señor se había vuelto a fijar en ellos, y les había concedido la liberación que eran incapaces de alcanzar por sus propias fuerzas.

Cuarta morada: lo que Dios hace en nosotros.

El silbo del pastor

La cuarta etapa del camino interior que describe santa Teresa en *Las Moradas* es la **oración de quietud**. Lo característico de este tramo de nuestro itinerario es que, a partir de ahora, sólo podemos seguir avanzando si Dios nos lo concede. **Brota como una fuente interior, no es necesario sacarla con “arcaduces”, con gran esfuerzo**, como en etapas precedentes. La misma Santa estuvo largos años en la vida religiosa sin llegar hasta este punto, hasta el momento en que el

Señor le permitió alcanzar esta morada (cf. 4M 1, 1). Esto es lo primero que hay que tener en cuenta, que llegar a este punto lo “da el Señor cuando quiere y como quiere y a quien quiere como bienes suyos, que no hace agravio a nadie” (4M 1, 2). Lo que el alma experimenta ahora en la oración, y lo que pasa a recibir en las próximas etapas, es algo que no depende de nuestro esfuerzo o de nuestras ganas. Es pura gracia de Dios. Aunque, naturalmente, siempre **es necesaria la búsqueda del Don de Dios**, “apartando todas las cosas que la han de merecer...porque podría el demonio engañar” (4M 1,3).

Pero, ¿por qué el Espíritu no concede el mismo don a todos? ¿Por qué sólo algunas personas reciben esta gracia? Ante todo, santa Teresa, al mismo tiempo que advierte que llegar aquí no depende sólo de nosotros, también señala que en esta morada “es en la que más almas entran” (4M 3, 14). Es decir, aunque no siempre suceda, porque no depende de nuestra experiencia, tampoco es extraño que quienes han iniciado el camino de oración lleguen a este punto. Mas, ¿por qué no todos? La Santa nos da **cinco razones** en 4M 2,9:

En primer lugar, porque “lo primero que para esto **es menester es amar a Dios sin interés**”. Puesto que es un don de Dios, la primera actitud es dejarse atraer, disponerse a recibir el Don. Como vimos, es el riesgo que puede no ser superado en la etapa anterior. Uno tiene que despojarse de todo amor propio, y buscar a Dios por Dios, sin esperar de Él nada que no sea Él. No servirle –tampoco en la vida de oración– por lo que nos concede, sino por amor completamente desinteresado a Él. En esta etapa necesitamos aprender a amar. Porque “**no está la cosa en pensar mucho, sino en amar mucho**; y así lo que más os despertare, eso haced. Quizá no sabemos qué es amar” (4M 1,7).

En segundo lugar, porque sería “poca humildad pensar que por nuestros servicios miserables se ha de alcanzar cosa tan grande”. A partir de este momento, se disfruta de tal manera de Dios que en realidad **nada de lo que haga el ser humano podría hacerle digno**

de merecer tal bien. Como reza un himno litúrgico, “a jornal de gloria no hay trabajo grande”. Entonces es perfectamente comprensible que no todos reciban esta gracia. Así queda de manifiesto que nunca los dones de Dios son el premio que Él concede a nuestras obras, sino el **resultado de su inmensa generosidad** y largueza. No debemos turbarnos por nada. “Cuando aprieta la dispersión de mil formas, y está la persona en el arrabal del castillo con mil bestias fieras y ponzoñosas... ni nos ha de turbar, ni lo hemos de dejar” (4M 1,9). “Nada te urbe, nada te espante, solo Dios basta” (Po 9). Tu actitud ha de ser la de San Agustín: **canta y camina**, semejante a la de la Santa: “dejemos andar esta tarabilla de molino (su cabeza, su imaginación) y molamos nuestra harina, no dejando de obrar la voluntad” (4M 1,13)

“**La tercera**, porque el verdadero aparejo para esto es el **deseo de padecer y de imitar al Señor, y no gustos**, los que, en fin, le hemos ofendido”. Dado que nuestro Señor Jesucristo padeció en la cruz, sólo quien está dispuesto a perseverar como Él en la fidelidad al Padre hasta en el sufrimiento, sin recibir nada a cambio, puede realmente acceder hasta esta morada. Por tanto, vigila si has dejado dormir las cosas que te despertaban al amor. Has de dejar **que el Señor ensanche tu corazón**: “Estaba yo escribiendo el verso que dice *dilatasti cor meum*, me ensanchaste el corazón”; el Señor nos lleva al centro del alma para descubrirnos los secretos de su corazón. Estos secretos nos revelan el amor crucificado del Señor, modelo al que has de consagrarte plenamente.

“**La cuarta**, porque no está obligado **Su Majestad** a dárnoslos como a darnos la gloria, si guardamos sus mandamientos; que sin esto nos podremos salvar, y **sabe mejor que nosotros lo que nos conviene y quién le ama de verdad**”. Con esta explicación, la Santa quiere dejar claro lo que ya hemos anotado en la morada anterior. Lo que a nosotros nos corresponde es guardar la alianza con Dios, sus mandamientos. Esto es lo común para todos y la obligación para

todos. La “perfección” en el seguimiento de Jesús no es el mayor o menor avance en la vida espiritual pues éste, a partir de esta morada, se produce por pura gracia. **La perfección del discípulo se comprueba en la fidelidad** cotidiana que configura cada acción, palabra, pensamiento, deseo y sentimiento según la voluntad del Señor manifestada en sus preceptos.

La quinta razón es porque, “aunque más meditación tengamos y **aunque más nos estrujemos y tengamos lágrimas, no viene esta agua por aquí**”. Estas palabras hacen referencia a una metáfora de la vida de oración que le gustaba mucho a la Santa: la de las **cuatro formas de regar un huerto: “o sacar el agua de un pozo; o con noria y arcaduces; o de un río o arroyo; o con llover mucho”** (V 11,7). Al final, lo más importante no es lo que el hombre hace, sino que se deje hacer por Dios: “llover mucho, que lo riega el Señor sin trabajo ninguno nuestro”. Es **el Señor quien nos introduce en el castillo, llamándonos con un silbo como lo hace el pastor**: “por su gran misericordia quíérellos tornar a Él y, como buen pastor, con un silbo tan suave, que aun así ellos mismos no le entienden, hace que conozcan su voz y no anden tan perdidos, sino que se tornen a su morada” (4M 3,2). Es preciso **tener un oído fino** para escuchar el silbo del pastor, que nos llega al alma y desde el alma nos lleva a caminar y adentrarnos en su amor.

Queda claro, por tanto, que una de las características de este estado y de los siguientes que veremos es la absoluta gratuidad: llegar a ellos no depende tanto de nuestras fuerzas, que siempre son necesarias para responder, sino de que Dios mismo nos conduzca. Pero, ¿qué es lo que realmente se produce en esta cuarta morada? Según santa Teresa, nos hallamos en ella cuando **sentimos el alma ensanchada** y cuando realmente experimentamos que “no está la cosa en pensar mucho, sino en amar mucho” (4M 1, 7).

El significado del alma ensanchada se explica en el *Castillo interior* (cf. 4M 2, 5; 3, 9), gracias al Salmo 119 (118), 32: ***correré por el camino de tus mandatos cuando me ensanches el corazón***. Se trata de una **verdadera y profunda alegría** causada por Dios, como verdadera fuente del único gozo.

Recorrer el camino de las moradas no significa subir por una escalera, sin abrir espacios en nuestro interior para que Dios pueda penetrar, habitar y revelarnos los secretos de su corazón. En este sentido, se entretiene Teresa en **diferenciar lo que son “contentos” y “gozos”**. **Contentos humanos** los alcanzamos con la ayuda de Dios pues, aunque son cosas de Dios, en realidad **los adquirimos** con nuestro propio trabajo y se parecen a otros contentos terrenos que terminan pasando. Mientras que los **gozos espirituales** son por gracia, nacen de ese amor tan radical que no hay que “pensar mucho”, porque el orante está, en este momento, como una novia con su amante: la alegría de su corazón no viene por lo que el otro le dice, sino que se goza simplemente de que esté ahí, con ella, en una promesa de eternidad.

En esta etapa, aún **no hemos alcanzado la perfecta unidad** de todo nuestro ser –de las “potencias”, dice Teresa–, pero sí **vivimos en la alegría del estupor**. Estamos desbordados por lo inesperado, sorprendidos por lo que increíblemente nos excede. Aún no es un estado tan definitivo que nuestra imaginación no siga dejándose llevar por mil cosas. Pero la verdadera prueba de que estamos avanzando en nuestro camino hasta la unión con Dios es que nuestra voluntad está empezando a unirse de tal forma con la suya que nuestras obras son obras de amor. Cada vez desprendemos más el buen olor de la santidad. En realidad, es bastante comprensible: **Dios es quien verdaderamente alegra nuestro corazón, y esta alegría configura nuestra vida**, haciendo que, incluso en los momentos de dolor, cuando la tristeza llega a nuestro corazón, podamos recitar con plena

verdad las palabras del salmo: *El Señor ha estado grande con nosotros, y estamos alegres*. Por eso vamos cantando: *¡canta y camina!*, e incluso los no creyentes que nos conocen reproducen la actitud de aquellos gentiles que, viendo al pueblo retornar de Babilonia, reconocían la grandeza y la belleza de Dios: *“¡el Señor ha estado grande con ellos!”*.

Pistas para el trabajo personal y en grupo:

1. ¿Cuáles son las “amenazas externas” a nuestra cultura que más me preocupan? ¿Cómo me sitúo yo ante ellas? ¿Qué respuestas doy?
2. ¿Cómo fomento la verdadera unidad entre quienes me rodean? ¿Diría que en mi entorno soy factor de unión o de división?
3. ¿He comprendido bien la descripción que se hace de esta morada? Especialmente, ¿he comprendido la diferenciación que hace la Santa entre “contentos humanos” –que pueden deberse también a nuestro compromiso con la Iglesia– y verdaderos gustos espirituales? Conviene que el animador explique bien este estado de “oración de quietud”, que aquí sólo hemos podido apuntar brevemente.
4. Santa Teresa dice que, dado que a partir de esta etapa todo es pura gracia de Dios, “lo que debemos hacer es pedir como pobres necesitados delante de un grande y rico emperador y luego bajar los ojos y esperar con humildad” (4M 3, 5). ¿Soy capaz de vivir con esta humildad ante Dios?
5. ¿Oigo el silbo del pastor que me atrae y me llama a conocer sus secretos de amor? ¿Lo distingo de otros cantos de sirenas?

QUINTA ETAPA VIVIR EN DIOS

El camino del Samaritano

En esto se levantó un maestro de la ley y le preguntó para ponerlo a prueba: “Maestro, ¿qué tengo que hacer para heredar la vida eterna?”. Él le dijo: “¿Qué está escrito en la ley? ¿Qué lees en ella?”. Él respondió: “Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón y con toda tu alma y con toda tu fuerza y con toda tu mente. Y al tu prójimo como a ti mismo”. Él le dijo: “Has respondido correctamente. Haz esto y tendrás vida”. Pero el maestro de la ley, queriendo justificarse, dijo a Jesús: “¿Y quién es mi prójimo?”. Respondió Jesús diciendo: “Un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó, cayó en manos de unos bandidos que lo desnudaron, lo molieron a palos y se marcharon, dejándolo medio muerto. Por casualidad, un sacerdote bajaba por aquel camino y, al verlo, dio un rodeo y pasó de largo. Y lo mismo hizo un levita que llegó por aquel sitio: al verlo dio un rodeo y pasó de largo. Pero un samaritano que iba de viaje llegó adonde estaba él y, al verlo, se compadeció, y acercándose, le vendó las heridas, echándole aceite y vino, y montándolo en su propia cabalgadura, lo llevó a una posada y lo cuidó. Al día siguiente, sacando dos denarios, se los dio al posadero y le dijo: “Cuida de él, y lo que gastes de más yo te lo pagaré cuando vuelva”. ¿Cuál de estos tres te parece que ha sido prójimo del que cayó en manos de los bandidos?”. Él respondió: “El que practicó la misericordia con él”. Jesús le dijo: “Anda y haz tú lo mismo”. (Lc 10, 25-37)

Jesús propone **la parábola del buen samaritano** como respuesta a una disputa teológica que provoca un maestro de la ley. El episodio acontece en un camino, con personajes que no dejan de estar en movimiento. Pero en realidad, como veremos enseguida, el relato **alude a un camino aún mucho más largo, inesperado y salvador.**

San Lucas nos revela explícitamente la intención del sabio de Israel: quería “poner a prueba” al Señor. No menciona qué intereses le

movían: si quería comprobar la pertenencia o no de Jesús a alguna secta como la de los saduceos, que negaban la resurrección; si sospechaba que estaba predicando algo que no podía ser catalogado dentro del judaísmo... Pero Jesús le da una respuesta tan evidente, que pone de manifiesto la aviesa intención de su interlocutor: “Haz lo que viene en la ley”. El Hijo de Dios no ha venido a declarar inútil la revelación anterior a Él, sino que la asume llevándola a plenitud. Esta idea ya es importante para nosotros, pues cada vez más cristianos desconocen el Antiguo Testamento, que en cierto modo menosprecian. Es cierto que toda la Historia de la Salvación apunta a Cristo y se entiende desde Él, desde el misterio de su muerte y su resurrección. Pero nosotros no podemos despreciarla porque se trata de una actuación real de Dios en el mundo. El Antiguo Testamento debe ser conocido por el pueblo de Dios y, en tanto que Palabra revelada, ha de convertirse también en una de nuestras fuentes de espiritualidad.

La respuesta de Jesús “a la gallega” —es decir, contestando a una pregunta con otra—, viene a decirle al “sabio” que la plantea: “Pero, ¿cómo se te ocurre preguntarme eso? ¿No ves que lo sabría responder hasta un niño de diez años? ¿Y tú te consideras “maestro” cuando no sabes responder a una cosa tan sencilla?”. Así que el sabio, “para justificarse” tiene que subir el nivel y plantear una de las diatribas teológicas más discutidas en la época: *¿Y quién es mi prójimo?* Para algunos “prójimos” eran todos los judíos, para otros sólo los pertenecientes a la propia rama del judaísmo, los había que incluían también a los extranjeros que vivían en Israel siguiendo los preceptos de la ley, o había quienes incorporaban a los prosélitos —paganos que, sin convertirse formalmente mediante la circuncisión, compartían la fe del pueblo elegido—, etc. Jesús, respondiendo con la parábola del Samaritano, le da la vuelta a la pregunta. En realidad, no responde a la pregunta “¿quién es mi prójimo?”, sino a otra que es más interpelante y comprometedora: “¿de quién soy yo prójimo?”. O sea, saca de un plumazo la discusión teológica del círculo en el que se había metido: el

problema no es quién se parece a mí para que yo le considere “prójimo”, sino a quién debo aproximarme yo para ser realmente “prójimo”. Al poner esto de manifiesto, al dejar claro que la pertenencia al verdadero pueblo de Dios se determina por la atención al hermano que está sufriendo, Jesús pone en camino a su interlocutor y a todos nosotros. *Anda, dice, y haz tú lo mismo.*

Jesús nos pone en un camino que ya ha recorrido Él. Éste es el secreto más profundo de la parábola, que los Santos Padres enseguida descubrieron pero que hoy puede pasar desapercibido si nos limitamos a una lectura superficial, meramente “solidaria” del relato que, en el fondo, no se corresponde con la intención original. **El hombre que baja de Jerusalén** –la ciudad santa, la casa de Dios– a Jericó **nos representa a todos nosotros** que, como hijos de Adán, hemos abandonado el paraíso en que habita el Creador y hemos descendido a este mundo. En él nos encontramos con el diablo quien, seduciéndonos hasta caer en la tentación, nos deja como presa de la muerte. Entonces **aparece un samaritano**, alguien que no tiene nada que ver con nosotros. Esta persona, tan absolutamente distinta –en la concepción judía– al hombre caído, **es el mismo Hijo de Dios**, Jesucristo. Él se aproxima a nosotros movido de *compasión*. El verbo griego, utilizado varias veces por los evangelistas para referirse a los sentimientos de Jesús, *splajnizomai*, se traduce literalmente como “se le conmovieron las entrañas en lo más profundo de sí”. Y así, movido de compasión, **nos cura con aceite y vino de esas heridas que nos ha causado el pecado**. Aceite y vino, además de ser “medicinas de socorro” en los rudimentarios botiquines de la época, son símbolo de los sacramentos. **Montándonos en su propia cabalgadura –en su divinidad**, a la que nos incorporamos por el bautismo–, Jesús **nos deja en la posada, símbolo de la Iglesia, prometiéndonos que volverá** y dejando en pago al administrador del mesón –es decir, a los responsables pastorales de nuestras comunidades– dos denarios, que

recuerdan a los dos testigos de los que habla san Juan (cf. 1Jn 5, 6; Ap 11, 3-6).

Tengamos esto presente: la parábola del buen samaritano no es simplemente una invitación a cuidar a los desahuciados de este mundo; cosa cierta, querida por Dios y muy necesaria, tanto que la Iglesia nunca ha dejado de atenderla con su acción caritativa. Esta parábola ante todo **nos habla del camino del Hijo de Dios**, que se nos hace el encontradizo, desciende de su divinidad, se deja contaminar por nuestro pecado –la sangre, en la mentalidad judía, ensuciaba y profanaba al que la tocaba, por eso el sacerdote y el levita no se acercan, porque quedarían manchados de pecado y no podrían realizar sus funciones culturales– y **elevándonos por la acción del Espíritu a su divinidad nos confía a la Iglesia y nos alimenta con la esperanza de su retorno**. ¡Éste es el camino de Cristo! Y **ésta es también nuestra ruta: dejarnos sanar por Él**, buscar con Él y como Él a los heridos por el pecado, acogerlos en el hogar que es la Iglesia y avivar cada día la llama del deseo en que Jesús vuelva de nuevo y establezca para siempre su reino universal.

Quinta morada: conciencia de la inhabitación divina

Quizá podamos comprender mejor la quinta etapa de nuestro camino, la quinta morada del Castillo interior de nuestra alma, descrita por santa Teresa, desde la parábola del buen Samaritano. **Cristo nos monta sobre la cabalgadura de su divinidad**. Por su gracia, recorrido lo necesario del itinerario espiritual, **experimentamos que vivimos en Dios y Dios en nosotros**. La Santa lo dice con una fuerza asombrosa: “fija a Dios a sí mismo en lo interior de aquella alma de manera que, cuando torna en sí, en ninguna manera puede dudar que estuvo en Dios y Dios en ella” (5M 1, 9). Igual que en la morada anterior y en las dos siguientes, aquí no se llega desde las solas fuerzas, sino por la gracia divina. En cualquier caso, advierte la Santa que “bien

pocas [personas que llevan vida de oración] hay que no entren en esta morada” (5M 1, 2).

Santa Teresa describe lo que en este momento se siente con **imágenes muy vivas** (cf. 5 M 1, 3): “parece está el alma como adormecida” –en tanto que dormida a las cosas del mundo y a las de uno mismo–; “no es menester artificio suspender el pensamiento” – podemos entender que no es el resultado de ninguna técnica de autocontrol–; es morir a todo para vivir en Dios, muriendo “una muerte sabrosa, un arrancamiento del alma de todas las operaciones que pueda tener estando en el cuerpo, deleitosa...”. Pero esta presencia expresada por la Santa con imágenes, **es tan cierta “como el cuerpo de nuestro Señor Jesucristo está en el Santísimo Sacramento**, aunque no le vemos” (5M,1,11) y no depende de que nosotros participemos activamente porque es el Señor quien la realiza, al modo que encontramos en el Cantar de los cantares: “llevóme el Rey a la bodega del vino, o metiome creo que dice. Y no dice que ella se fue” (5M1,12).

El habitar del alma en Dios y de Dios en el alma requiere asumir su divina voluntad como la nuestra. “¿Qué pensáis, hijas, que es **su voluntad**? Que seamos del todo perfectas... solas estas dos cosas nos pide el Señor: **amor de su Majestad y del prójimo** es en lo que hemos de trabajar; guardándolas con perfección, hacemos su voluntad y así estaremos unidas a Él” (5M3,7). Continuando con las imágenes que nos brinda la parábola del buen samaritano, quien sube en la cabalgadura de la divinidad no se conduce a sí mismo, sino que **se deja conducir** por aquél que lo ha subido, que es Cristo. Ya no se trata sólo de que cumplamos su voluntad, sino que nos hemos identificado plenamente con ella. Por eso subraya la Santa que a estas realidades sólo se llega si nuestra vida de oración, como hemos visto anteriormente, va acompañada de un verdadero amor al prójimo. Sigue

siendo válida la respuesta que, provocado por Jesús, da el maestro de la ley.

Se vive en Dios si se ama a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a uno mismo. Pero, en realidad, estos dos amores no son separables entre sí, pues “la más cierta señal que, a mi parecer, hay de si guardamos estas dos cosas, es guardando bien la del amor al prójimo; pues si amamos a Dios no se puede saber... mas el amor del prójimo, sí” (5M 3, 8). Esto es importante. Sólo quien ama al prójimo sabe que ama al Señor, que está verdaderamente unido a su voluntad, pues “obras quiere el Señor; y que si ves una enferma a quien puedes dar algún alivio, no se te dé nada de perder esa devoción” (5M 3, 11). Pero, al mismo tiempo, sólo quien ama a Dios puede amar verdaderamente al prójimo, pues “según es malo nuestro natural, que si no es naciendo de la raíz del amor de Dios, que no llegaremos a tener con perfección el amor del prójimo” (5M 3, 9). **Los dos amores han de ir unidos** “porque veo, hermanas, que si hubiese en ello quiebra, vamos perdidas”. La unión con Dios no está en recibir del Señor “alguna suspencioncilla (elevamiento) en la oración de quietud” sino en “pedir a nuestro Señor que os dé con perfección este amor del prójimo” (5M 3,12).

Ya varios siglos antes había enseñado **san Agustín** que **sólo hay dos amores** posibles para el ser humano: el de sí mismo hasta el desprecio de Dios, que da lugar a la **“ciudad del mundo”**, a una sociedad corrupta y decadente; y el amor de Dios hasta el desprecio de sí mismo, que permite que alumbre en el mundo la belleza y eternidad de la **“ciudad de Dios”**⁵. Por eso, sólo se le dan al ser humano, según Agustín, estas dos posibilidades: o amarse a sí mismo, o amar a Dios. *Tertium non datur* decían los filósofos, no hay un tercer camino. En esta perspectiva, cuando amamos a los demás –también en los amores más

⁵ Cf. *De Civitate Dei* 14, 28 (PL 41, 346).

puros, como a los familiares, al esposo o esposa, a los hijos, a los amigos...– una de dos: o nos estamos amando a nosotros mismos, buscando en la entrega a los otros el consuelo ante nuestras carencias afectivas, nuestros impulsos eróticos o nuestra profunda soledad; o estamos amando a Dios, pues la única belleza digna de ser amada en el hombre –siempre según el autor de *Las Confesiones*– es la imagen que el Creador puso de sí mismo en cada uno de nosotros.

Entonces, ¿**no aman verdaderamente los ateos**, los no creyentes, quienes no conocen el verdadero rostro de Dios? Sí, aman verdaderamente, porque incluso sin saberlo, **cuando aman con un amor no egoísta, a Dios mismo están amando** en aquellos a quienes aman. Por eso la vida de quien de verdad ama siempre tiene esperanza. Pero, también es cierto que cuanto más y mejor se conoce el rostro de Dios, que en Cristo se nos revela de forma definitiva y suprema⁶, más y mejor es posible amar de verdad al hermano.

Para ayudarnos a comprender un tema tan profundo y vital como la habitación divina, santa Teresa recurre a una imagen muy sugerente, la del ***gusano de seda***: “Pues veamos qué se hace este gusano, que cuando está en esta oración bien muerto está al mundo: sale una mariposita blanca” (5M 2,7). Nosotros somos como esos bichillos, feos y arrugados, que están llamados a convertirse en una bella mariposa. Para conseguirlo, es necesario pasar un tiempo dentro de una crisálida. Pues bien, cuando el alma está en esta quinta morada de su camino hasta el hondón de su interior, es como cuando el gusano entra en **la crisálida, que sería la imagen del mismo Dios**. Dice la Santa: “que Su Majestad mismo sea nuestra morada” (5M 2, 5). Sólo cuando pasamos un tiempo en Él, podemos continuar nuestro viaje, convertidos ya en aquello que estamos llamados a ser: un pedacito de

⁶ Éste es, precisamente, uno de los rasgos distintivos de la doctrina espiritual de Santa Teresa. Cf. V 22, 1; 6M 7, 5.

belleza capaz de volar y elevarse al cielo. Es Dios mismo quien teje la crisálida. Y lo hace anulando nuestro amor propio y nuestra voluntad (cf. 5M 2, 6). Pues bien, ¡hagámoslo! **Dejemos que Dios, despojándonos de nosotros mismos, sea Aquél en quien habitemos**, y consintamos que Él habite en nosotros. Si lo hacemos, seremos realmente cambiados. Moriremos a nuestra antigua imagen, la del “hombre viejo”, para renacer a la verdadera identidad para la que hemos sido creados.

Pero, ¿no es esta la vocación de todo cristiano? ¿No consigue todo bautizado ser divinizado? Entonces, ¿qué aporta la vida de oración? ¿Por qué esforzarse en hacer este camino? Es verdad que, por la gracia de Dios, todos los bautizados que son fieles a su bautismo, coherentes con su fe, practicantes de los sacramentos, esforzados cumplidores de los mandamientos, son objetivamente divinizados y serán, al final de sus días, transformados según la medida gloriosa de la gloria del Padre. Lo que nos otorga la vida de oración es, por un lado, una ayuda para cumplir los mandamientos, amando más y mejor a Dios y al prójimo, tal y como hemos visto en esta etapa; pero, además y sobre todo, la capacidad de comenzar a **experimentar en este mundo lo que estamos llamados a ser en el futuro**. La vida de oración nos ayuda a descubrir hasta qué punto es cierto que la voluntad de Dios alegra el corazón y, lejos de ser pesada, otorga calor y color a la existencia. En cierto modo, la oración nos hace brillar ya en el mundo como testigos de la Resurrección, que transparentan su luz en medio de las tinieblas.

Pistas para el trabajo personal y en grupo:

1. ¿Había descubierto alguna vez en la parábola del buen samaritano la historia del mismo Jesús, de su encarnación, muerte y resurrección, o me había limitado a leerla como una

simple invitación a cuidar de los débiles? ¿Qué diferencia encuentras entre las dos interpretaciones?

2. ¿Qué otras parábolas del evangelio pueden ser leídas como una descripción del camino de Jesús? Son casi todas: intenta descubrirlo por tu cuenta en alguna de ellas, de una manera semejante a la que hemos usado aquí.
3. Cuando nos acercamos a los pobres y desvalidos, ¿les ofrecemos sólo ayuda material o intentamos darle el Evangelio de Jesús, los sacramentos, que es lo que realmente necesitan, como todos los seres humanos? ¿Experimentamos que Jesús se hace presente en nosotros cuando servimos a los pobres y enfermos? ¿Son nuestras instituciones caritativas –Caritas, Manos Unidas, cualquier iniciativa a favor de los pobres...– verdaderamente evangelizadoras o meramente asistenciales?
4. ¿Cómo yo personalmente, y la comunidad de fe a la que pertenezco, salimos al encuentro de quien está herido por el pecado? ¿Cómo somos misioneros en nuestros ambientes? ¿Y cómo podremos serlo en adelante?
5. ¿Están abiertas las puertas de nuestras comunidades para que la Iglesia sea descubierta por los hombres heridos de nuestro tiempo como un verdadero hogar en el que rehacerse y recuperarse de sus heridas? ¿Encuentran a Cristo en nuestra acogida y nuestro servicio?

SEXTA ETAPA

EL SUSURRO DE LOS ENAMORADOS

El peregrino de Dios

Al cabo de tres meses, zarpamos en un barco que había invernado en la isla de Malta. Era de Alejandría y llevaba por mascarón los Dióscuros. Arribamos a Siracusa y nos detuvimos tres días; desde allí, costeando, llegamos a Regio. Al día siguiente, se levantó viento sur, y llegamos a Puteoli en dos días. Allí encontramos a algunos hermanos, los cuales nos rogaron que pasásemos siete días con ellos. Y así llegamos a Roma. Los hermanos de Roma, que habían oído hablar de nuestras peripecias, salieron a recibirnos al Foro Apio y a Tres Tabernas. Al verlos, Pablo dio gracias a Dios y se sintió animado. Una vez en Roma, le permitieron a Pablo vivir por su cuenta en una casa, con el soldado que lo vigilaba. (Hch 28, 11-16)

El apóstol san Pablo, después de su conversión, fue elegido misionero por la comunidad de Antioquía, de la que formaba parte (cf. Hch 13, 1-4). Desde ese momento, impulsado por el Espíritu Santo, no deja de recorrer los caminos de las principales ciudades del mundo conocido, para llegar allí donde hubiera hombres necesitados de escuchar la buena noticia del amor de Dios, manifestado en la cruz y resurrección de nuestro Señor Jesucristo. El último viaje que nos transmite el libro de *Hechos de los apóstoles* no obedece a un plan evangelizador trazado de antemano. Tiene lugar tras un conflicto con la comunidad judía, cuando Pablo apela al César y el gobernador Festo decide tramitar su solicitud (cf. Hch 25, 11-12). Sorprende que un acontecimiento tan relevante haya sucedido **sin ninguna previsión**. Nuestros planes pastorales ayudan eficazmente a que quienes no conocen a Cristo se encuentren con Él, y quienes han dejado enfriar la fe la renueven dejando que el resplandor de su amor vuelva a deslumbrarlos. No realizar estos proyectos sería signo de irresponsabilidad. Pero, hemos de reconocer con humildad que **los planes de Dios no son nuestros planes**, y que sus designios, con

frecuencia inesperados, son más altos y acertados que los nuestros. Son sus planes. Los proyectos pastorales son necesarios, pero no perdamos la capacidad de escucha, la alerta espiritual que nos permita estar atentos a la voluntad de Dios, que se manifiesta sorprendiéndonos, ni la humildad para rectificar nuestros proyectos cuando vemos que no son plenamente concordes con los del Padre.

En el texto transcrito, **san Lucas, autor de *Hechos***, no utiliza la tercera persona que ha usado en la mayor parte del libro para narrar los acontecimientos que describe. **Utiliza la primera persona del plural**: “zarpamos, arribamos, encontramos, llegamos, nuestras peripecias...”. Probablemente, el autor del libro era compañero de Pablo en ese viaje, y da testimonio personal de lo que él mismo ha vivido como sujeto de la acción. Pero también es para nosotros una advertencia y una invitación: no somos ajenos a los viajes misioneros del Apóstol. También nosotros, como él y con él, estamos urgidos por el Espíritu a transmitir a nuestros hermanos, de cualquier raza, lengua y cultura, la verdad de nuestra salvación.

El pasaje dice que, al ver el recibimiento que le dispuso la comunidad de Roma, ***Pablo dio gracias a Dios y se sintió animado***. Parece **como si previamente se hubiera dejado llevar por el desánimo**. Razones no le faltaban: sufrieron una tormenta en alta mar, naufragaron y hasta le mordió una serpiente. Además, sabía que el proceso judicial que le esperaba en la Ciudad eterna podría conducirlo a la pena de muerte (cf. Hch 25, 11). Algunos hermanos como Santiago y Esteban ya habían derramado su sangre por Cristo. Sin embargo, en ningún momento el relato nos lo presenta deprimido. Al contrario, **sigue transmitiendo con valentía el evangelio**, hasta el punto de que casi convence a Agripa para hacerse cristiano (cf. Hch 26, 28), anima a sus compañeros inquietos durante la tempestad (cf. Hch 27, 22-26) e incluso por medio de su oración Dios cura a muchos enfermos en Malta (cf. Hch 28, 8-9), que pensaron era un dios por

haberles curado y por haber sido inmune a la mordedura de la víbora (cf. Hch 28, 6).

Entonces, **¿por qué dice el texto** que, al ver el recibimiento de los cristianos de Roma, **Pablo se sintió animado?** Probablemente porque **era acogido por una comunidad que, a partir de ese momento, iba a ser la suya.** La vida en comunidad nos alegra, nos conforta, nos consuela. *Ved qué dulzura, qué delicia, convivir los hermanos unidos* (Sal 133, 1). ¡Qué importante es vivir así la pertenencia a la Iglesia, como miembros de una auténtica fraternidad de hermanos! ¡Qué decisivo era para Santa Teresa, que en su reforma procuró que, limitando el número de monjas en cada convento, las que estuvieran pudieran **vivir como verdaderas hermanas!** ¡Cómo me gustaría que nuestras comunidades fueran expresión de este calor de familia, pues es la única manera de que los hombres descubran que en medio de nosotros vive ese Dios que, por ser Padre, nos hace a todos hermanos! ¡Ojalá nuestras parroquias fueran transparencia de esa vida de hermanos que ofrece un consuelo a quienes, por los agobios de la vida, vagan sin rumbo, entregados a la tristeza, cargando sobre ellos el pesado fardo de la soledad! ¡Ojalá fueran **“hospital de campaña”**, conforme a la imagen del Papa Francisco!

Sexta morada: la conformación con Cristo

La soledad es algo terrible para un ser humano. Lo afirma el Creador al formar a Adán: *No es bueno que el hombre esté solo* (Gn 2, 18). Y, sin embargo, cuando en nuestro camino espiritual llegamos a la sexta etapa, **la soledad es para nosotros fuente de bendición**, algo ardientemente deseado, porque somos capaces de experimentar con una fuerza inaudita y tremendamente bella la presencia y compañía del mismo Dios. “El alma –dice la Santa– ya queda **herida del amor del Esposo** y procura más lugar para estar sola y quitar todo lo que pueda, conforme a su estado, que la pueda estorbar de esta soledad” (6M 1,

1). A Cristo lo llama “esposo” de toda alma que llega a este estado, no sólo de las personas consagradas a Él. Recordemos que San Pablo relaciona el amor entre esposos con el amor de Cristo a su Iglesia: “es este un gran misterio. Y yo lo refiero a Cristo y su Iglesia” (Ef 5,32).

Esta soledad se convierte, en expresión de san Juan de la Cruz, en **soledad sonora**, porque Jesús no es ya una idea, una imagen, un anhelo o una presencia escondida; sino que nos hace sentir su voz de una forma especial, muy personal. Santa Teresa describe **cuatro maneras con las que el Señor despierta al alma**: *hablas, amor, visión intelectual y arrobamientos*.

La primera es la *operación de amor* (6M 2, 3) que produce la paradoja de dolor-placer, donde “entiende muy bien el alma que fue llamada de Dios, y tan entendido que algunas veces, en especial a los principios la hace estremecer y aun quejar, sin ser cosa que le duele. **Siente ser herida sabrosísimamente**, mas no atina cómo ni quién la hirió; mas bien conoce ser cosa preciosa y jamás querría ser sana de aquella herida; **quájase con palabras de amor**, aun exteriores, sin poder hacer otra cosa, a su Esposo, porque entiende que está presente, mas no se quiere manifestar de manera que deje gozarse... Su Majestad la despierta, a manera de una cometa que pasa de presto, o un trueno, aunque no se oye ruido” (6M 2, 2). La Santa imagina a Dios como un **“brasero encendido”**, cuyo fuego desprende “alguna centella” que, sin quemarla, produce en el alma un “dolor sabroso”, que no es dolor. Y cuando muere la centella “queda con deseo de tornar a padecer aquel dolor amoroso” (6M 2,4).

La segunda manera es el *habla*, que a veces parece viene de fuera, hasta el punto de tener la impresión de oírse con los oídos, y otras se nota que es interior. Aquí la Santa previene que **no siempre es fácil discernir si un fenómeno auditivo es don de Dios**, alucinación del hombre o engaño del diablo. Por eso nos da **cuatro criterios** que importa tener siempre presentes, pues nos ayudan no

sólo en este punto del camino interior, sino también en cualquier discernimiento de la voluntad de Dios en nuestra vida. Sabemos, según santa Teresa, que una voz viene de Dios cuando:

1. **Es eficaz, tiene “poderío y señorío”** (6M 3, 5). Es decir, está revestida de esa característica del lenguaje profético, asegurando que las palabras, por sí mismas, cumplen lo que prometen. En este sentido, sabemos que **algo nos está pidiendo Dios cuando, con las ganas de hacerlo, nos concede también la posibilidad de que se realice**. Esto hoy cuesta entenderlo, como se aprecia en los jóvenes que han de elegir su estado de vida o escoger una profesión. Uno no puede preguntarse sólo qué me gusta hacer, como si Dios hablara sólo mediante los gustos —¡cuántas veces previene la Santa contra esta idea tan equivocada!—. Tiene que preguntarse también qué *debo* hacer y, sobre todo, **qué puedo hacer**. En ocasiones, Dios hace que sea real lo que antes nos parecía imposible. Pero si esto no se da, entonces hay que entender que esa moción no viene de Dios.
2. **Concede paz al corazón**. Cuando es realmente el Señor quien me pide algo, aunque llevarlo a cabo suscite incomprendiones, dificultades, críticas, recelos o batallas internas contra mi propio ego, en el fondo queda en mí un remanso de paz, que Santa Teresa describe como **“gran quietud que queda en el alma, y recogimiento devoto y pacífico, y dispuesta para alabanzas de Dios”** (6M 3, 6).
3. **Es permanente**. No aparece como el capricho de un día, o el antojo de una persona inmadura que termina aburriéndose de una decisión y enseguida elige otra. Cuando Dios nos pide algo, uno experimenta “no pasarse estas palabras de la memoria en muy mucho tiempo y algunas jamás” (6M 3, 7). Por eso a veces, en el discernimiento vocacional, sobre todo cuando la decisión no está del todo clara, conviene invitar a los jóvenes a esperar un tiempo

antes de tomar una opción: porque el hecho de que una inclinación permanezca con el paso de los meses es signo de que verdaderamente puede ser cosa de Dios. Ahora bien, digo que esto se hace cuando la opción no es del todo clara. Del mismo modo que **pedimos *paciencia a los jóvenes*** a quienes su acompañante haya pedido que aplacen su decisión vocacional – sea al matrimonio, al sacerdocio o a la vida consagrada– porque hay aspectos que plantean la duda sobre si realmente ésa es la voluntad de Dios, ya que el paso del tiempo ayuda a comprobar la autenticidad de una inclinación; así también pido a los sacerdotes y a cuantos acompañan a los jóvenes en su discernimiento vocacional que **tengan en cuenta dos cosas**: ante todo, que suele haber pasado ya bastante tiempo entre el inicio de la inclinación vocacional y el momento en que se atreven a manifestarlo: y, en segundo lugar, que junto con este elemento hay que comprobar si se dan también los otros tres que indica santa Teresa. Cuanto más fuertes y claros sean éstos, menos importa que no esté tan clara la cuestión del tiempo. Pensemos que, salvada la distancia, **con las vocaciones pasa lo mismo que con la fruta**: si se recoge antes de tiempo, no está madura y, al final, no sirve; mientras que, si por deseo de que madure la dejamos en el árbol más de lo necesario, corremos el riesgo de que se deteriore o se la coman los pájaros. Pidamos al Espíritu que nos enseñe la sabiduría del *tiempo oportuno*.

4. **El cuarto rasgo es la *alegría***, un gozo tan sereno, profundo y verdadero, que no desaparece ni se empaña a pesar de los sufrimientos que puedan aquejarnos. “Queda **el alma tan contenta y alegre** que no querría sino alabar siempre a su Majestad” y con grandes deseos de que se cumpla lo que el Señor le ha comunicado (6M 3, 8).

La tercera forma en que Dios *despierta* al alma en esta etapa es lo que la Santa llama **visión intelectual**. “es tan en lo íntimo del alma y parecele tan claro oír aquellas palabras con los oídos del alma al mismo Señor y tan en secreto que la misma manera del entenderlas, con las operaciones que hace la misma visión, asegura y da certidumbre no poder tener el demonio parte allí” (6M 3, 12). En este tiempo se manifiestan fenómenos como **la profecía, la receptividad pasiva, la humildad consciente, la atención perfecta y la comunicación** en una forma que trasciende el lenguaje verbal.

Se trata de la cuarta forma de comunicación, es decir, **los arrobamientos, experiencias místicas** propias sólo de algunos santos, en los que no parece necesario detenernos ahora. Sucede algo parecido con la cuarta manera de hablar Dios al alma, a la que la Santa llama **vuelo del espíritu**. “un movimiento tan acelerado del alma que parece es arrebatado el espíritu con una velocidad que pone harto temor... es menester ánimo grande para que Dios hace estas mercedes” (6M 5, 1). En definitiva, son fenómenos extraordinarios que trascienden la experiencia cotidiana de oración. Conviene conocerlos, tal como los describe la Santa en el *Castillo interior*, siquiera para descubrir qué grande es Dios, qué hermoso lo que Él puede hacer con las almas entregadas a su servicio y cuánto merece la pena iniciar este fascinante camino de la oración.

Al comunicar sus experiencias, la Santa reconoce la dificultad de describir tales fenómenos, acogiéndose a la autoridad de la Sagrada Escritura: “Ni tampoco Moisés supo decir todo lo que vio en la zarza, sino lo que quiso Dios que dijese” (6M 4,7). Sin embargo, **relativiza estos modos de comunicación de Dios al alma**, asegurando que “de muchas maneras comunica el Señor al alma”: sucede cuando está afligida, o cuando le ha de llegar un trabajo grande, o sencillamente cuando quiere regalarlas. Pero, con todo, para ella **lo importante en la vida cristiana no son los fenómenos místicos, sino andar en**

verdad: “andemos en verdad delante de Dios y de las gentes de cuantas maneras pudiéramos”, porque andar en verdad equivale a vivir la humildad. Y la razón está en el mismo Señor: “Una vez estaba yo considerando por qué nuestro Señor era tan amigo de la humildad, y púsome delante: es porque Dios es suma Verdad y la humildad es andar en verdad” (6M 10,6-7).

Pistas para el trabajo personal y en grupo:

1. ¿Hasta qué punto la comunidad es en verdad un motivo de alegría para mí? ¿Somos acogedores, tenemos experiencia de fraternidad? ¿Qué podemos hacer para que nuestras parroquias sean lugares abiertos?
2. Repaso las grandes decisiones de mi vida, cuando he tenido que encontrar la voluntad de Dios. O en el momento presente si me encuentro en una etapa de discernimiento. ¿He visto esos cuatro rasgos de discernimiento que ofrece la Santa?
3. En este capítulo hemos hablado mucho de pastoral vocacional. ¿Cómo la cuidamos en nuestras comunidades? Podemos responder utilizando este test, que nos da la medida de si realmente estamos trabajando en la tan necesaria pastoral vocacional:
 - ¿Con cuanta frecuencia rezamos explícitamente por las vocaciones? Propongo el siguiente criterio: todo cristiano, entre sus oraciones cotidianas, debería pedir cada día por las vocaciones; toda parroquia debería ofrecer cada semana una oración común (una liturgia de la Palabra, la exposición del Santísimo, una hora del breviario, el rezo del rosario...) por las vocaciones; las parroquias con mayor número de población debería, además, celebrar una vez por semana durante el tiempo ordinario las Misas por las vocaciones; invitar cada año

al secretariado de vocaciones a tener un encuentro con niños y jóvenes; y favorecer que éstos participaran en los encuentros diocesanos de infancia (o “de monaguillos”) y de juventud.

- ¿Cuántas personas de nuestras comunidades están en la escuela diocesana de acompañamiento personal? Si no alcanzamos la formación necesaria, no sabremos cómo orientar a los jóvenes. Además, ¿colaboramos con nuestros sacerdotes de manera que éstos tengan tiempo suficiente para salir al encuentro, acoger, escuchar y acompañar a los jóvenes? ¿Tienen nuestras parroquias un lugar acogedor, familiar y discreto en que se puedan desarrollar entrevistas personales? No lo olvidemos: las obras del templo, la burocracia parroquial o los ensayos del coro puede no llevarlas directamente, aunque sí debe supervisarlas; lo que sí debe hacer el párroco es dedicar tiempo hablando de tú a tú con las personas, con sus colaboradores y especialmente con los jóvenes, para ayudarles a descubrir qué quiere Dios de sus vidas. La comunidad tendría que colaborar con sus pastores para que ejerzan este oficio que les es propio, liberándoles de otros compromisos.
- Respecto de las vocaciones al matrimonio:
 - ¿Incluyen nuestros programas de catequesis y pastoral de infancia y juventud un proceso explícito, claro y evaluable de formación afectiva y sexual desde la antropología del Evangelio?
 - ¿Qué proyecto concreto de pastoral juvenil ofrezco a los muchachos?
 - ¿Proponemos a las parejas que solicitan matrimonio y que así lo deseen un acompañamiento específico y una formación más intensa y prolongada que la del cursillo prematrimonial?

- ¿Hay un equipo de matrimonios en la parroquia capaces de acompañar a los novios cuando ya están empezando a consolidar su relación y a los esposos en los primeros años de matrimonio?

- ¿A qué experiencia de pastoral familiar invitamos a los esposos?

- ¿Hay en nuestras comunidades personas preparadas, con la formación debida, para ayudar al discernimiento de la vocación matrimonial y para formar familias según el plan de Dios? Por ejemplo, participando en la formación que ofrece el Instituto San Juan Pablo II, la fundación Desarrollo y Persona, el Teen Star...

• Respecto de las vocaciones al sacerdocio:

- ¿Qué atención dedicamos a los monaguillos? ¿Les educamos en el amor a la liturgia? ¿Se potencia su amistad y cercanía con el párroco o, por el contrario, apenas coinciden el domingo en la celebración?

- ¿Favorezco la participación en las iniciativas propuestas por el secretariado diocesano de vocaciones? Concretamente, ¿invito a algún joven a participar en el Seminario en familia.

- ¿Propongo explícitamente la vocación al sacerdocio? ¿Se entiende ésta como una bendición?

• Respecto de las vocaciones a la vida consagrada:

- ¿Hay vida consagrada en nuestras parroquias? ¿Están implicados en la vida de la parroquia? ¿Son conocidos y valorados? Examinemos una doble dirección: si los religiosos forman parte activa de la vida parroquial, desde su propio carisma, y si los miembros de la parroquia conocen y

participan en las actividades de esos religiosos, reconociendo que su vocación es un don para todos.

- ¿Promuevo encuentros con monasterios de clausura, especialmente entre los adolescentes y jóvenes? No debería pasar un año sin que una parroquia visitara un convento y, si fuera posible, tuviera un encuentro con un monje o una monja contemplativa. Hemos de programar retiros de uno o varios días en las comunidades monásticas que lo permiten, para favorecer el conocimiento, la valoración y el enriquecimiento personal de esa forma de vida.

SÉPTIMA Y ÚLTIMA ETAPA LA META DEL CAMINO

La última frontera

Vi un cielo nuevo y una tierra nueva, pues el primer cielo y la primera tierra desaparecieron, y el mar ya no existe. Y vi la ciudad santa, la nueva Jerusalén que descendía del cielo, de parte de Dios, preparada como una esposa que se ha adornado para su esposo. Y oí una gran voz desde el trono que decía: “He aquí la morada de Dios entre los hombres, y morará entre ellos, y ellos serán su pueblo, y el “Dios-con-ellos” será su Dios”. Y enjugará toda lágrima de sus ojos, y ya no habrá muerte, ni duelo, ni llanto ni dolor, porque lo primero ha desaparecido. Y dijo el que está sentado en el trono: “Mira, hago nuevas todas las cosas”. Y dijo: “Escribe: estas palabras son fieles y verdaderas”. Y me dijo: “Hecho está. Yo soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin. Al que tenga sed yo le daré de la fuente del agua de la vida gratuitamente. El vencedor heredará esto: yo seré Dios para él, y él será para mí hijo. Pero los cobardes, incrédulos, abominables, asesinos, impuros, hechiceros, idólatras y todos los mentirosos tendrán su parte en el lago que arde con fuego y azufre, que es la muerte segunda”. Y vino uno de los siete ángeles que tenían las siete copas llenas de las siete últimas plagas, y me habló diciendo: “Mira, te mostraré la novia, la esposa del Cordero”. Y me llevó en Espíritu a un monte grande y elevado, y me mostró la ciudad santa de Jerusalén que descendía del cielo de parte de Dios, y tenía la gloria de Dios; su resplandor era semejante a una piedra muy preciosa, como piedra de jaspé cristalino”. (Ap 21, 1-11)

El camino de los hombres, de todos los hombres, de la humanidad en su conjunto, **culmina en unas bodas: las de Cristo**, el vencedor de la muerte, el Hijo de Dios, **con la nueva Jerusalén** que desciende del cielo de parte de Dios. Los seres humanos, que fuimos plasmados a imagen y semejanza del Creador (cf. Gn 1, 26-27), tenemos en nuestro interior una profunda inclinación al amor. **Esos desposorios** que buscamos con ansiedad desde el instante mismo en que nuestro cuerpo alcanza su madurez, en los que intuimos que

llegamos a ser verdaderamente felices y a encontrar nuestra más profunda dignidad e identidad, **no son los que se establecen en este mundo** entre los hijos de Adán y las hijas de Eva, **sino aquellos en que se da la entrega suprema del Señor a su Iglesia.**

La imagen de “Esposo”, atribuida a Dios, tiene profundas raíces en la Escritura. En el AT es uno de los nombres de Yahvé, que trata a su pueblo como a una esposa, con fidelidad y ternura inagotables: “quien te desposa es tu Hacedor: su nombre es el Señor todopoderoso” (Is 54,5; Cant.; Os 1-3; Jr 2; Ez 16; Sab 8). En el NT Cristo es el esposo a quien es presentada la Iglesia, virgen desposada a quien santifica: “el marido es cabeza de la mujer, como Cristo es cabeza de la Iglesia; él que es salvador del cuerpo (Ef 5,23; 2Cor 11,2; Mt 9,15; Jn 3,29). La Iglesia es la mujer libre, no esclava, esposa del Cordero y madre de los hijos de Dios (Gal 4,23; Ap 21; Ap 12). El matrimonio de un hombre y una mujer anuncia, prefigura y se nutre de las verdaderas bodas, que son las que para siempre unen en el amor, la donación y la acogida plena al Emmanuel, que vino al mundo para ser “Dios-con-nosotros” (cf. Mt 1, 23), y la comunidad de los redimidos por la Sangre del Cordero.

Ante esta meta definitiva, con belleza de eternidad, que se presenta ante nuestros ojos, aprendemos a **relativizar este mundo** y sus problemas. Ya nada nos aflige definitivamente, pues sabemos que todo pasa y sólo quedan Dios y la alegría sin fin de las bodas de su Hijo con la Iglesia. **“Todo se pasa, solo Dios basta”**, exclamaba gozosa santa Teresa. *El primer cielo y la primera tierra desaparecieron*. No desaparecen en la destrucción, pues no repudia el Creador las obras de sus manos; sino en la *re-creación*, en una transformación que elimina lo que en ellas existe de transitorio, de frágil, de limitado y, sobre todo, de pecado o de consecuencia del pecado, pero sin destruir lo que les hace ser ellas mismas. No se trata de “eliminarlo todo para empezar de cero”, sino

en permitir que cuanto existe llegue a ser lo que debe ser desde la plenitud de existencia y la belleza de Dios.

Hago nuevas todas las cosas. Para nuestro asombro, lo primero que se hace nuevo es la misma muerte, el dolor, el sufrimiento y la maldición. Una vez que Cristo las tomó, asumiéndolas en sí, padeciéndolas hasta el final, las cambió. Por eso nos gloriamos en la cruz de nuestro Señor Jesucristo (cf. Gal 6, 14); por eso lo que hasta ahora eran los dos maderos anudados, símbolo del desprecio de los hombres y del aparente abandono de Dios, se ha trocado en el signo que orgullosos ostentamos los que seguimos a quien en ella murió por nuestra salvación. “En la cruz está la vida / y el consuelo / y ella sola es el camino / para el cielo”, dice nuestra Santa (Po 19). En ese destino final, todo cuanto existe, **toda la realidad**, todo nuestro ser corporal y espiritual, sin dejar de ser él mismo, **habrá cambiado hacia una plenitud más allá de toda imaginación**: *ya no habrá muerte, ni duelo, ni llanto ni dolor.*

La esposa del Cordero, **la Iglesia, es llamada “nueva Jerusalén”**. La meta de gloria que nos aguarda no es algo que pueda alcanzar un aventurero solitario. Sólo participan de ella **los peregrinos solidarios**, los que han descubierto lo que el Papa Francisco denomina el “**gusto de ser pueblo**”⁷, los que caminan como comunidad en pos de aquél que nos permitió ser hermanos entre nosotros al hacernos hijos de su mismo Padre. Por eso la imagen es una ciudad. Viene *del cielo, de parte de Dios*, porque su belleza y su misma esencia no se deben a nada que pueda construir el ser humano con sus solas fuerzas. **Ser** hijos amados, redimidos, divinizados y, con ello, ser constituidos en la belleza suprema, **semejante a una piedra muy preciosa, como piedra de jaspe cristalino**, no depende de nosotros, sino que es pura gracia.

⁷ Cf. Francisco PP., *Evangelii Gaudium*, 268-288.

La nueva Jerusalén viene de Dios porque sólo su bondad y la acción del Espíritu nos divinizan, nos hacen dignos de entregarnos a Aquél que previamente se entregó a nosotros en la prueba del amor supremo: *Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos* (Jn 15, 13). Nuestro corazón es demasiado pequeño para ese amor, pero viene en nuestra ayuda el amor de Dios, el Espíritu que se derrama en nuestros corazones. Es su gracia la que nos engalana para el Señor. **El destino final del camino de la historia es la alegría suprema de una noche de bodas sin fin**, en el que participarán todos los amigos del Señor; aquellos que hayan bebido de las fuentes de agua viva, abiertas en el costado del Salvador y entregadas a la Iglesia en el Bautismo y la Eucaristía; quienes acogiendo la gracia de ser hijos, han despreciado la cobardía, la incredulidad, la abominación, el asesinato, la impureza, la magia, la idolatría y la mentira, propias de aquellos que se han entregado al maligno.

Séptima morada: el matrimonio espiritual

Esta meta de la historia es también el final del camino interior, la última morada. Al llegar a ella, Dios permite al orante pregonar esa gloria y alegría eternas que nos están reservadas para manifestarse universalmente cuando Cristo retorne con gloria para juzgar a vivos y muertos. Una de las imágenes que usa la Santa a partir de las cuartas moradas para comprender lo que está sucediendo **entre el alma y Dios es precisamente la de una relación entre novios que llegan al matrimonio**. En las cuartas moradas, está el “concierto del noviazgo”, el momento en que se inicia una relación. Es como una pareja que primero se conoce, después **se atraen mutuamente**, comenzando una relación de amistad –moradas primera, segunda y tercera–. En la cuarta se avanza algo más: se piden salir juntos. Se aprenden a **presentarse** como novios y hasta se consuelan con el intercambio ilusionado de las miradas, con el roce furtivo de las manos, con el beso entregado que se esconde de toda mirada. En las quintas

moradas, el chico y la chica comienzan a **“venir a vistas”**, salen a menudo, profundizan en aquel flechazo que les llevó a iniciar su relación. Es el momento en que de la mera atracción o del enamoramiento inicial se van conociendo más profundamente, y el calor de la pasión se va revistiendo con la permanencia de la ternura y con la firmeza de la opción. Esto nos conduce a las sextas moradas, cuando ya hay una **permanente herida de amor**, cuando ya sabemos que lo nuestro no es el fruto de un capricho pasajero o de un sentimiento fugaz, sino una verdadera entrega que va realizándose día a día. Las sextas moradas son, para la Santa, la **“pedida de manos”**, el compromiso con el que el Novio –que aquí ha de escribirse con mayúsculas por tratarse del mismo Dios– se compromete a cuidar a su amada –nuestra alma– por toda la eternidad.

Pero la unión del hombre y la mujer tiene lugar **en el matrimonio**: “Hay grandísima diferencia del desposorio espiritual, al matrimonio espiritual, como le hay entre dos desposados (novios), a los que ya no se puede apartar (casados)” (7M 2,2). No se consuma cuando el pretendiente reúne valor para pedir a su futuro suegro que le entregue a su hija, sino cuando la boda se realiza y tiene lugar la noche nupcial. Entonces, cuando en medio del placer más alto se produce la entrega decisiva y el mutuo intercambio de dones, cuando quienes eran dos se hacen un solo corazón y una sola carne sin dejar de ser ellos mismos, encontramos **la imagen más aproximada** en este mundo de lo que sucede en las séptimas moradas, **de lo que hace Dios con el alma** en la meta de la oración y de lo que hará con sus fieles amigos cuando retorne el Señor al final de los tiempos. Esta unión del matrimonio espiritual entre el alma y Dios la define la Santa como “juntarse dos cosas en una... porque siempre queda el alma con su Dios en aquel centro”, y la asemeja **“como si dos velas de cera se juntasen tan en extremo, que toda luz fuese una**, o que el pábilo y la luz y la cera es todo uno” (7M 2,4).

¿Con qué otras imágenes refiere Teresa la unión que acontece en esta morada? Principalmente la Santa la describe diciendo que aquí “quiere ya nuestro buen Dios quitar las escamas de los ojos, y que vea, y entienda algo de la merced que le hace... por cierta manera de representación de la verdad, **se le muestra la Santísima Trinidad**... entiendo con grandísima verdad ser todas Tres Personas una sustancia y un poder y un saber y un solo Dios; de manera que lo que tenemos por fe, allí lo entiende el alma” (7M 1, 6). Como si Dios se nos desnudase, llegamos a ver en plenitud lo que previamente sólo habíamos intuido –o, dicho teológicamente, lo que habíamos conocido por la fe–. El gozo es comparable a la entrega de dos esposos: “Queda el alma, digo **el espíritu de esta alma, hecho una cosa con Dios**, que como es también Espíritu, ha querido Su Majestad mostrar el amor que nos tiene en dar a entender a algunas personas hasta adonde llega, para que alabemos su grandeza” (7M 2, 3; cf. 2, 5).

Las palabras con las que la Santa describe **esta íntima unión con Dios tienen el sabor de lo inefable**. Por mucho que se diga, siempre parece insuficiente. Pero es necesario decir algo, es imprescindible alentar a los demás a que emprendan este camino de la oración, para que, por la gracia de Dios, puedan llegar a experimentar la inmensa felicidad y gozo que puede alcanzarse. Una alegría incomparable que, se pruebe o no en este mundo, es la que disfrutarán los discípulos de Cristo por toda la eternidad.

En todo caso el matrimonio espiritual tiene también **aspectos unidos al sufrimiento**, a la muerte y especialmente a las obras consiguientes. La Santa asemeja este estado a la plena comunión con Cristo en la vida y en la muerte: “*para mí la vida es Cristo y el morir, una ganancia (Fil 1,23)*... es **adonde la mariposilla muere** y con grandísimo gozo, porque su vida es ya Cristo” (7M 2,5). Y en otro lugar (R 35,1) describe cómo fue el matrimonio espiritual: “*No hayas miedo, hija, que nadie sea parte quitarte de mí... y diome su mano derecha y djome:*

Mira este clavo, que es señal que serás mi esposa desde hoy; hasta ahora no lo habías merecido; de aquí en adelante, no sólo como Criador y como Rey y tu Dios mirarás mi honra, sino como verdadera esposa mía: mi honra es tuya y la tuya mía”. En lugar del anillo de desposada, **Teresa recibe un clavo como signo de su unión** íntima con Cristo. Finalmente, la Santa en su magisterio requiere que, de la oración y de la unión más perfecta con Dios, se deriven siempre **las obras**: “Para esto sirve la oración, hijas mías; de esto sirve este matrimonio espiritual: de que nazcan siempre obras, obras” (7M 4,6).

Pistas para el trabajo personal y en grupo:

1. ¿Qué papel tiene la virtud de la esperanza en nuestra comprensión y vivencia de la fe? ¿Qué esperas, qué esperamos realmente en nuestra vida? ¿Cuáles son nuestros deseos más hondos?
2. La esperanza cristiana tiene cinco temas clásicos: muerte, juicio, infierno, cielo y retorno del Señor con la resurrección de la carne. ¿Qué entiendo por cada uno de ellos? ¿Qué papel juegan en mi vida de fe? ¿Por qué son tan esenciales para el cristianismo?
3. ¿Cuántas veces he pensado en Cristo como esposo de la Iglesia? ¿Qué tiene que aportar esta imagen a nuestra vida espiritual y a nuestras prácticas pastorales?
4. ¿En algún momento has vivido una experiencia de intimidad con Jesús, un momento de unión con el Señor? ¿Cómo ha sucedido, en qué circunstancias?

CONCLUSIÓN

Comenzaba esta carta pastoral, amigo lector, **invitándote a hacer un camino espiritual, basado en la oración, acompañado por Santa Teresa *la andariega*** en este Año Jubilar. Me ha parecido que el mejor modo de afrontar la convulsa situación que en estos momentos vive la humanidad y nuestra patria España en particular, podría ser iniciando el camino de la vida interior, con la cercanía viva de Jesucristo junto a nosotros, en nosotros, que nos alegra y nos purifica, y siempre nos conduce a las obras, a la salida de nosotros mismos hacia aquellos que nos esperan.

Santa Teresa de Jesús advierte que el camino de la oración —que ella llama “mental” para diferenciarla de la “vocal”, o sea, de la mera repetición de textos y plegarias ya redactados— ha de **comenzarse a caminar con determinación** (cf. V 11, 13). En un pasaje de esta carta, al hablar de las segundas moradas, me he detenido un poco en explicar por qué esta “determinada determinación” es tan decisiva para la vida espiritual. En realidad, lo más importante que he pretendido con las reflexiones anteriores es animaros a emprender este hermoso itinerario de la vida espiritual.

Durante estos años de servicio a la Iglesia que peregrina en Ávila, el Señor me ha concedido muchos regalos. He podido ordenar varios sacerdotes; he experimentado la calidad de vida consagrada de las contemplativas; he comprobado cómo numerosos jóvenes respondían a la llamada de Cristo para seguirle en la vida sacerdotal, en la consagración religiosa o formando familias verdaderamente cristianas; he descubierto comunidades vivas, capaces de resistir con entereza el avance de la secularización, dispuestas a afrontar los retos de la nueva evangelización y los que exige la disminución del número de presbíteros; he compartido la vida gozosa y fatigosa de tantas familias; he podido acoger numerosos peregrinos durante la JMJ o el V

Centenario del nacimiento de Santa Teresa; he visto cómo eran incorporados a la vida divina no sólo numerosos niños y jóvenes, sino también varias personas que comenzaban un catecumenado de adultos; he quedado edificado al ver algunos hijos de esta Iglesia morir con esperanza y sufrir con dignidad, sobre todo sacerdotes, despidiendo a más de setenta y viendo muy mermado nuestro presbiterio; también he visto sufrir a muchas personas, afectadas por la enfermedad, por la soledad, por la falta de trabajo y por tantos motivos; he conseguido, en fin, **comprobar cómo el Espíritu Santo sigue soplando en nuestra tierra** y, al constatarlo, he quedado consolado.

Le pido con fuerza al Señor que, antes de que el Santo Padre decida relevarme del servicio episcopal en nuestra diócesis, me conceda asistir al **nacimiento de grupos de oración**. Mi alegría sería ver cómo varios bautizados emprendéis este camino espiritual que tanto gozo produce al que lo recorre y que tantos frutos da en el crecimiento espiritual y apostólico de aquellos que lo inician. Para ello, mis últimas palabras, mi más sincero consejo, son una pequeña variación de las de la Santa: **¡Caminad con determinación en el camino de la oración**, para que Dios os permita pregonar unidos en este mundo la alegría de la eternidad!

+ / Rm. Ángel de Amal

ÍNDICE

Introducción. La vida cristiana como camino de perfección.....	1
El inicio del camino	15
Primera etapa. El conocimiento de mí mismo	26
Segunda etapa. Determinación y constancia	30
Tercera etapa. Llevar una vida recta.....	38
Cuarta etapa. La oración de quietud. El silbo del pastor.....	49
Quinta etapa. Vivir en Dios.....	57
Sexta etapa. El susurro de los enamorados	66
Séptima y última etapa. La meta del camino	77
Conclusión	84

